Año I. — N° 6 Francia : el número 0.60 cent. — Extranjero : 0.75. 15 de Septiembre 191

REVISTA GRÁFICA

LIBRERIA RELIGIOSA

de la

Casa Editorial

HISPANO-AMERICANA

222, Boulevard Saint-Germain, 222, PARIS

PIDANSE los Catálogos A B C y D

Immenso surtido de toda clase de libros religiosos, en español y en francés. Gran variedad en objetos piadosos, imágenes, rosarios, estampas, medallas, etc., de lo más acabado y artístico.

CASULLAS, CÁLICES, COPONES, CUSTODIAS, RELICARIOS
DE UN TRABAJO ADMIRABLE Y Á PRECIOS ECÓNOMICOS

Casullas, de todos los modelos, fabricación especial de la Casa, desde los más ricos á los más baratos. Se admiten encargos de casullas de dibujos nuevos

TODA CLASE DE ROPA DE ALTAR

VENTA AL POR MAYOR Y AL DETALLE

Comprad los Bordados

Schweizer

francos de porte á domicilio, directamente de Suiza.

Trajes
desde $ 2.70 or. amer.

Blusas
desde $ 1.— or. amer.

Trajes para Niños
desde $ 1.23 or. amer.

del mejor bordado suizo, sobre batista, vuela, tul, crespón *marquisette*, lana y sobre sedas novedad.

Pedid muestras y figurines franco

Nuestros trajes bordados se venden sin confeccionar, pero enviamos, á quien lo desee, los patrones cortados para todos nuestros modelos y en todas las medidas.

Schweizer & Co
Lucerna S. A. 4 (Suiza)

CATARROS antiguos y recientes

TOSES, BRONQUITIS

radicalmente CURADAS

POR LA

SOLUCION PAUTAUBERGE

que procura *Pulmones robustos*, despierta el *Apetito*, aumenta las *Fuerzas*, seca las *Secreciones* y preserva de la

TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris *y todas Farmacias.*

Ayuntamiento de Madrid

REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año 1°
15 Sept. 1913
Precio
60 cent.

Actualidades Literatura, Ciencias y Artes
Director : José MUÑOZ ESCÁMEZ
222, Boulevard Saint-Germain, Paris Teléfono 757-90
Sucursal. 471 - Calle de Sarmiento. Buenos-Aires

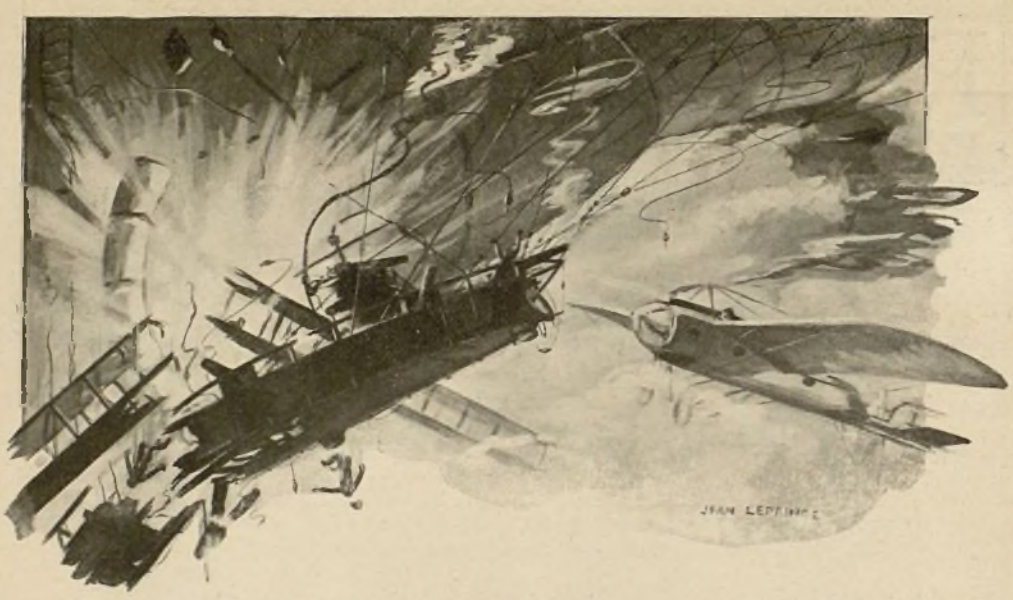
N° 6
Suscripción
20 francos
por año

EL PRESIDENTE DE VENEZUELA

EL GENERAL GÓMEZ

" Revista Gráfica " se honra con publicar el retrato de este eximio político que ocupa la Presidencia de los Estados Unidos de Venezuela, y que tan brillantes muestras de energía é inteligencia viene dando en los críticos momentos porque atraviesa su país.

Ayuntamiento de Madrid



El aeroplano lanza contra el dirigible un proyectil incendiario y el globo hace explosión

LA LUCHA EN EL ESPACIO

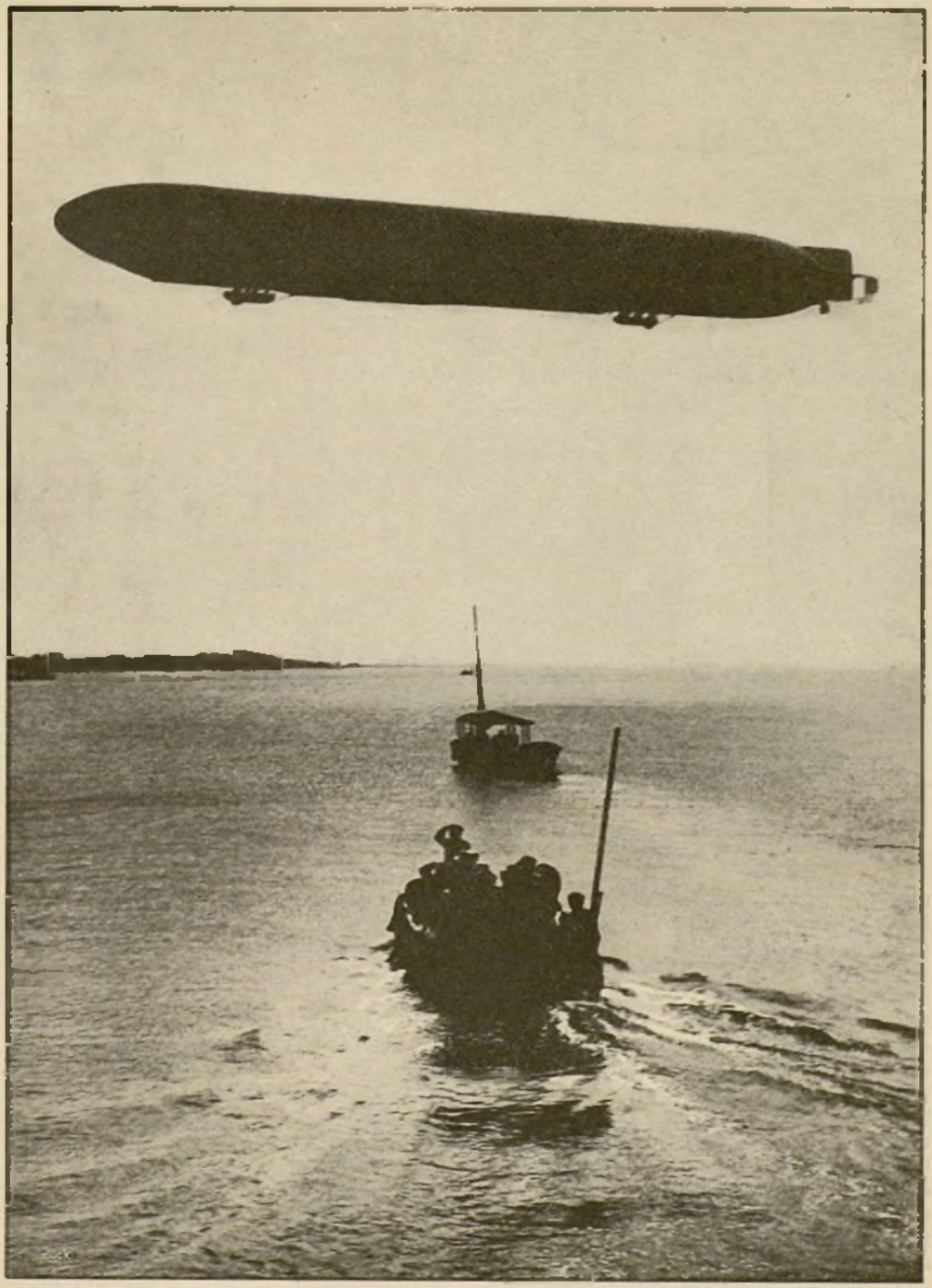
Fuéme dado un día presenciar una terrible lucha aérea. Dos gavilanes á quienes sin duda el reparto de una presa enfureció, se elevaron del suelo dándose de picotazos y subieron y subieron por el azul formando á poco una sola masa obscura de la que se desprendía una lluvia de plumas. Aquella masa se desplomó de pronto hasta llegar cerca de la tierra. Un par de alas batió de pronto haciendo de paracaidas y una de las dos aves pudo evitar el golpe. La otra, mal herida, se estrelló contra el suelo.

Al ver hoy con cuanta prisa los gobiernos de todas las grandes potencias compran aeroplanos para el ejército, asáltame el recuerdo de aquella escena, y preveo en un porvenir más ó menos remoto las trágicas luchas que han de entablar en el espacio los gavilanes de tela y hierro, aun más terribles que los de corvo pico y aceradas uñas.

Declarada la guerra, no podrá haber sosiego en paraje alguno de las naciones beligerantes. La ciudad más lejana de la línea de combate, puede ver surgir del horizonte el puntito obscuro y móvil de un aeroplano, que puede á su antojo sembrar la muerte desde la altura sin que lleguen hasta él las balas de fusiles y cañones. El movible aparato, apenas perceptible en el espacio, dejará caer bombas incendiarias, ó cualquiera otra clase de mortíferos proyectiles, y consumada su obra de destrucción se alejará tranquilamente sin que nada pueda oponerse á su marcha.

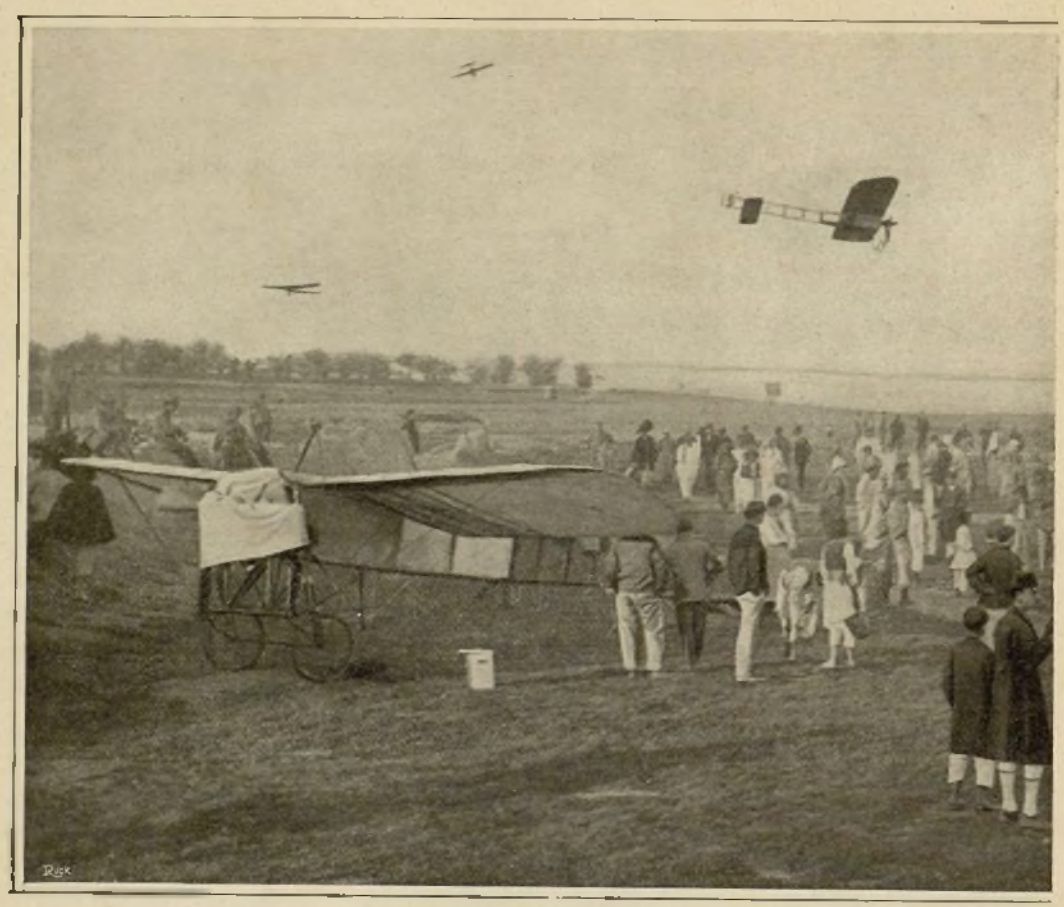
Al aeroplano sólo puede oponerse el aeroplano. En vano la casa Krupp y cuantos fabrican armamentos se esfuerzan en inventar cañones de tiro vertical; los ensayos han demostrado su ineficacia. La movilidad y pequeñez del blanco hacen casi imposible toda puntería, mientras la masa enorme de una ciudad ó de un ejército harán que difícilmente se pierda un solo proyectil del aeroplano. A éste habrá que buscarle en el aire para destruirle. Por eso cada ciudad de las que puedan considerarse más directa-

Ayuntamiento de Madrid



El dirigible con sus dos navecillas surca majestuosamente el espacio.
La tierra, el mar no existen para él y se aleja orgulloso por el cielo sereno.

Ayuntamiento de Madrid



África ha sido el primer continente en donde Europa ha ensayado la quinta arma de combate. En Tripolitana, los aviadores italianos, sirvieron maravillosamente á su ejército en la lucha contra

mente amenazadas, tendrá para su defensa una escuadrilla de aeroplanos, siempre dispuestos á atajar el paso al enemigo.

No hace falta una imaginación muy poderosa para darse cuenta de lo que habrá de ser una batalla en los aires. Unos cuantos puntos blancos que surcan el cenit á una velocidad fantástica, algunas nubecillas de humo que parten de las ametralladoras, y poco después la vertiginosa caída de algunos de esos terribles aparatos que desde una altura inmensa vendrán á hacerse añicos contra el suelo, con el estrépito de un bólido. Y en el fondo, una población angustiada que sigue con ansia aquella lucha sin merced, en la cual el vencido ha de morir sin remedio.

El globo dirigible, tenido por rey del espacio, es hoy considerado como una simple pompa de jabón. Su fragilidad, su velocidad escasa y su enorme volumen le ponen á discreción del aeroplano, que acechará el momento de romper la envoltura del gas, poniendo á su adversario fuera de combate.

El éxito ha de depender seguramente de la posición. El aeroplano puede elevarse rápidamente y colocarse encima del globo dirigible. En esta situación es imposible la lucha, porque los tripulantes del dirigible no ven á su enemigo y éste puede á su antojo dejar caer sobre el dirigible un proyectil explosivo que al tocar la envoltura estallará produciendo desgarraduras mortales y probablemente la inflamación del gas contenido en el globo.

En estos momentos se ensayan varios aparatos que permiten apuntar exacta-

Ayuntamiento de Madrid

los turcos. En Marruecos, los aviadores franceses llevan el terror á sus adversarios. Siempre las alas vencedoras, símbolo de este siglo de la conquista del aire.

mente y dejar caer un proyectil sobre un punto cualquiera fijo ó móvil. Parece que los tales mecanismos, dotados de tablas de cálculo, aproximan más que un tiro ordinario de cañón. Así por ejemplo, al cruzar por encima de una ciudad pueden elegir perfectamente el sitio donde quieren llevar la destrucción y la muerte. En el momento en que se refleje la imagen del sitio elegido, en el espejo del aparato, una presión con el pie lanzará instantáneamente una bomba sobre el punto designado, mientras el aeroplano prosigue su carrera devastadora. La lucha, pues, entre dirigible y y aeroplano, será brevísima y terminará casi siempre por la muerte del primero.

Alguna vez el cañón de un dirigible puede hacer zozobrar á un aeroplano. El caso se dará seguramente, pero en proporción tan mínima que formará la excepción. El aeroplano tendrá siempre sobre el dirigible dos enormes ventajas: su tamaño y su velocidad. En último caso, siempre queda al aeroplano el recurso heroico de lanzarse sobre el dirigible y destrozarlo con las palas de su hélice, y aun cuando en el trayecto cayese muerto el aviador, el aeroplano abandonado á sí mismo, podría llegar hasta el globo y desgarrar su envoltura, si una virada rápida no le ponía fuera de alcance.

¿Hay por eso que abandonar el dirigible? De ningún modo. El dirigible puede prestar y prestará buenos servicios. Su mayor radio de acción le hace útil para multitud de servicios que los aeroplanos prestarían difícilmente. Su estabilidad le hace preferible al aeroplano actual durante el mal tiempo. En

Ayuntamiento de Madrid

una palabra, aunque su papel ha quedado muy restringido desde que el aeroplano surca la atmósfera, no hay que abandonarle en absoluto.

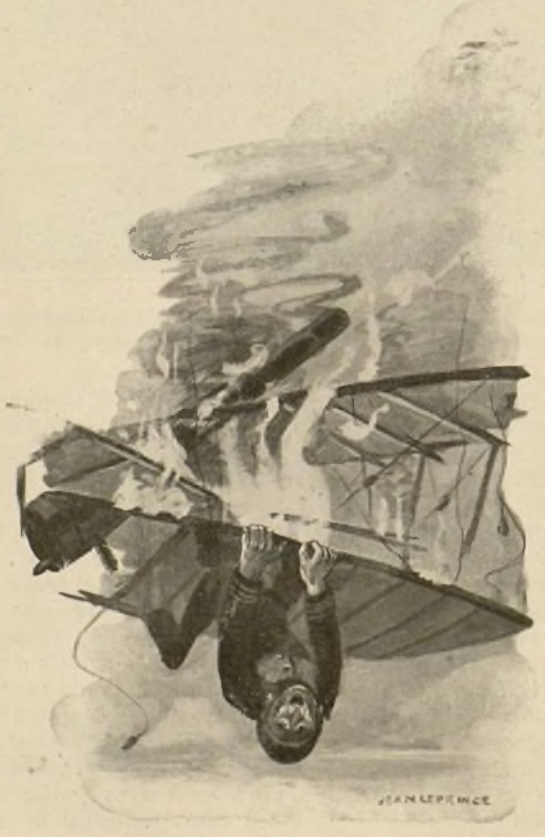
Como base de estación aeronáutica, como centinela del aire, es superior al aeroplano, puesto que puede permanecer en el aire sin utilizar su motor, guardando toda su provisión de esencia para el momento necesario. En un ejército reemplaza ventajosamente á los globos cautivos para las descubiertas y reconocimientos, y si le escolta una escuadrilla de aeroplanos puede convertirse en un terrible instrumento de combate, dada su gran capacidad para llevar material de guerra.

La lucha de dos aeroplanos entre sí será tan curiosa como terrible. Como su mayor poder destructivo ha de estar en el ataque desde arriba, ambos adversarios han de esforzarse en ganar la altura, y asistiremos á vuelos vertiginosos á mil, dos mil, tres mil metros del suelo.

La destreza de los aviadores será la que decida. Acercarse, alejarse, evitar una colisión fatal para ambos, descender á pico ó trazar en el aire eses fantásticas para evitar el disparo del contrario, tales serán los ejercicios rapidísimos que se verán en una guerra moderna.

Lo triste, lo lamentable, lo trágico es que aquellas alas y aquellas hélices llevan cuerpos y almas humanas y en la terrible contienda algunos corazones inflamados en el amor de su patria, cesarán de latir, porque la ciencia, que al darnos el aeroplano quiso hacer del hombre una paloma, le ha convertido en fiero gavilán.

***



Caída aterradora. Un mártir de la ciencia que se desploma de dos mil metros de altura.

Ayuntamiento de Madrid

ACTUALIDADES

S. M. el Rey Alfonso XIII, en el momento de penetrar en la tribuna levantada en San Sebastián con motivo de la inauguración de la estatua de la reina María Cristina.

El rey y la reina presenciando el acto de la inauguración del monumento y oyendo el discurso del alcalde y del ministro de Estado.

FIESTA PATRIÓTICA

Tipos de manolas y chisperos clásicos.

DESFILE MILITAR

El Regimiento del Rey desfilando ante SS. MM. después del acto de la inauguración.

Los saltadores franceses Campagnola y Vaillant.

EL FERROL

El acorazado «España» que acaba de ser entregado al Estado.

COSTUMBRES CAMPESINAS

En peregrinación á las pequeñas iglesias pueblerinas que poseen famosas reliquias.

Ayuntamiento de Madrid

BAVIERA
Los bávaros celebran el 50° aniversario de la batalla de Leipzig.

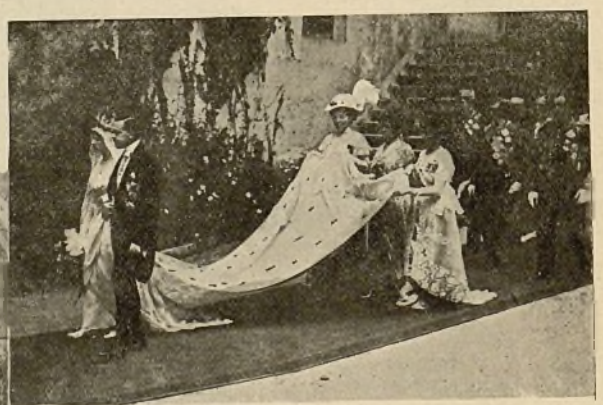
RICARDO TORRES (*Bombita*), *que se retirará de los toros el próximo mes de Octubre. A la izquierda, "Belmonte", y á la derecha "Gallito chico", el nuevo "fenómeno".*

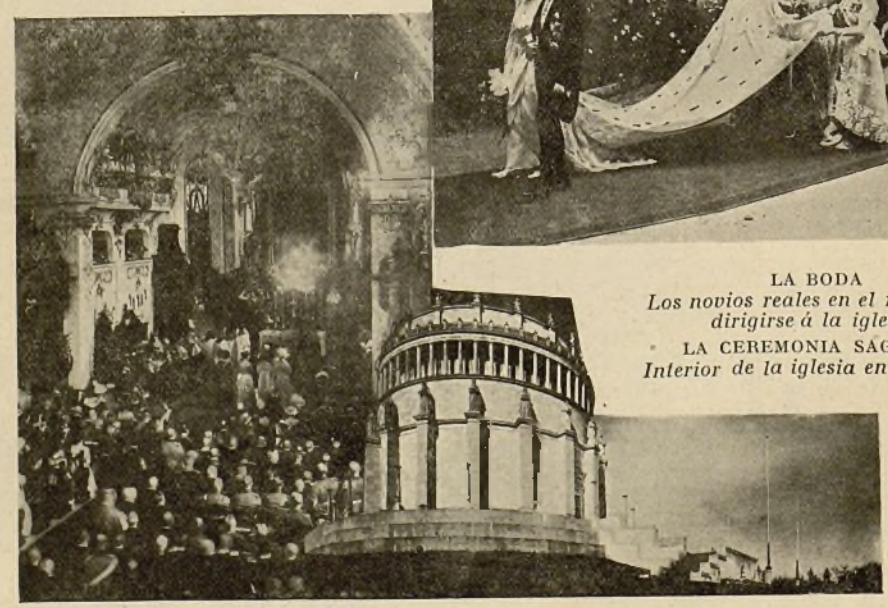
ESPAÑA

La delegación francesa, galantemente invitada, dirigiéndose al lugar en donde se celebraron las fiestas de San Marcial.

ENLACE DEL REY MANUEL DE PORTUGAL

Este matrimonio ha sido favorablemente comentado por la prensa mundial.





LA BODA
Los novios reales en el momento de dirigirse á la iglesia.

LA CEREMONIA SAGRADA
Interior de la iglesia en donde, con gran regocijo de todos, se celebró el enlace de los augustos personajes.

FIESTA DEL CENTENARIO DE LA BATALLA DE LEIPZIG

Ayuntamiento de Madrid

Embarque de tropas con destino á Melilla, en el vapor "Cabañal". Arriba, una grúa embarca un caballo. En el cliché de abajo están los soldados disponiéndose á embarcar.

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN COSTA RICA

Don Máximo Fernández, presidente del Congreso, candidato del "Partido Republicano".

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN COSTA RICA

Don Rafael Iglesias, candidato del "Partido Civilista".

UNA CALLE DE COSTA RICA

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN COSTA RICA

Don Carlos Durán, candidato del "Partido Unión Nacional".

Nuestro activo corresponsal señor Mario Ribas, envíanos este documento, que lo es de la vida florecente de aquella República.

Ayuntamiento de Madrid

EL EMINTMO. CARD. AGUIRRE *arzobispo de Toledo, primado de España, cuya existencia inspira serios cuidados, á causa de una grave enfermedad que los médicos no logran vencer.*

D. BELISARIO PORRAS, *presidente de la República de Panamá, figura de extraordinario interés con motivo de la próxima inauguración del canal, que unirá el Pacífico y el Atlántico.*

DON ANTONIO CORTÓN, *ilustre cronista, muerto en Madrid. Contaba cincuenta y nueve años, y todavía su pluma destacaba gallardamente en el periodismo actual.*

FIESTA

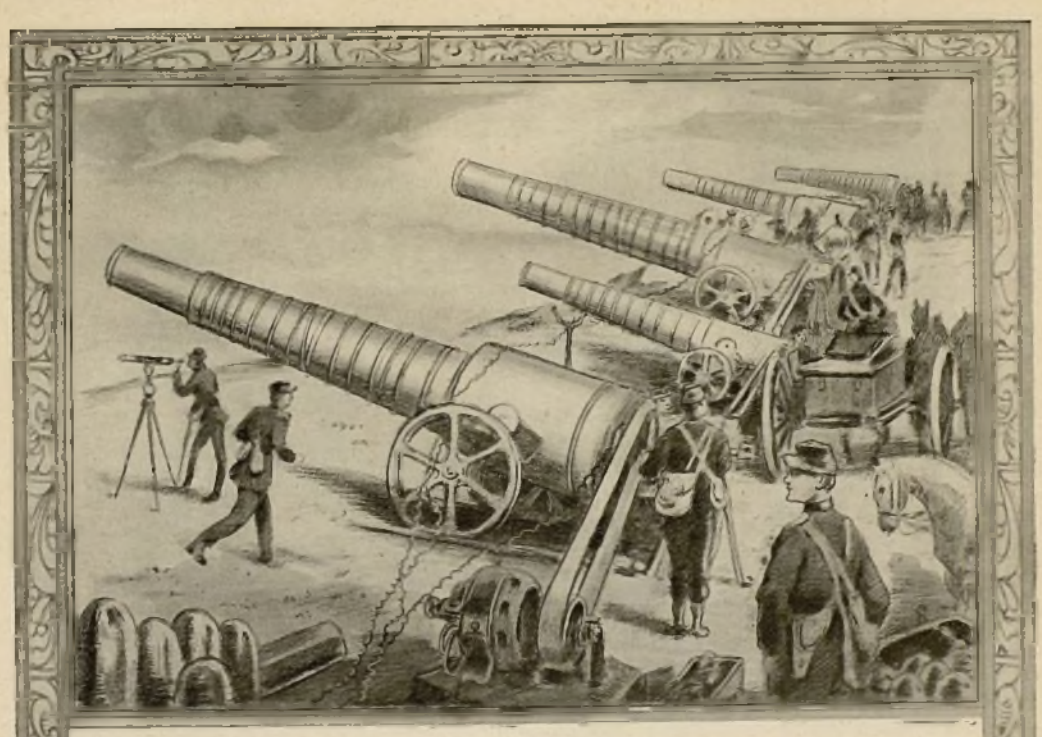
Los nombres de Gounod y Mistral andan de boca en boca estos días que se celebra el cincuentenario de "Mireya". En la fotografía del centro aparece el busto de Gounod rodeado de arlesianas. También Mistral, hijo de Homero y nieto del Sol, tiene su estatua. Y no le falta la suya á "Mireya". La piedra

POETICA

eterniza á los tres, precisamente porque ablandaron la pétrea condición de los humanos corazones.

Las otras dos fotografías muestran á Mistral acompañado de un antiguo amigo y de otra Mireya, los regalos más amables del mundo, si se añade un viejo vino oloroso...

Ayuntamiento de Madrid



Reemplazando los explosivos por la energía mecánica se obtendrán resultados maravillosos.

EL CAÑÓN ELÉCTRICO

Desde hace algún tiempo, los riesgos que presenta la conservación y el manejo de los explosivos han hecho pensar en su supresión.

La antigua y clásica pólvora ofrecía menos peligro, y era en ella rarísimo una inflamación espontánea. Pero las modernas substancias explosivas, cuyo poder deja tan por debajo á la invención del fraile Schwartz, son en cambio inestables, el equilibrio molecular obtenido por la química se rompe y al cabo de poco tiempo de fabricadas, á pesar de las mil precauciones que se toman para conservarlas, se está con ellas en constante peligro de explosión. El ejemplo del acorazado *Liberté* se halla aún en la memoria de todos. El buque estalló por inflamación espontánea de la pólvora.

Estas materias tan peligrosas son por el momento indispensables y pasará mucho tiempo antes de que la pólvora B ó la lydita ó la melinita desaparezcan de los depósitos de municiones.

Y sin embargo ¿quién sabe si al fin podrán ser reemplazadas por un agente mecánico? En la antigüedad se empleaba la balista para enviar saetas y balas á distancias relativamente considerables. Entonces sólo se empleaba para montar la máquina la fuerza muscular. Ahora que la mecánica ha alcanzado un desarrollo tan enorme ¿no sería posible llegar al resultado que dan los explosivos valiéndose de las energías de que disponemos?

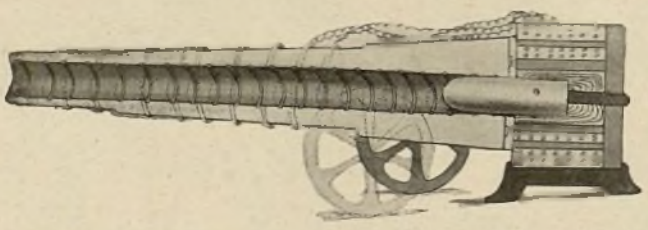
Veamos, por ejemplo, cómo podría aprovecharse un motor eléctrico para formar parte de un cañón.

Supongamos un poderoso motor eléctrico cuyo inducido gira á una velocidad

Ayuntamiento de Madrid

vertiginosa. Una correa de transmisión comunica dicho movimiento rotatorio á un proyectil, que al cabo de algunos segundos ha almacenado una cierta cantidad de fuerza viva de la que el motor eléctrico le comunica. Delante del proyectil hay un cañón rayado. Esta raya ó ranura es una hélice de paso variable, es decir que las espiras se separan cada vez más entre sí desde la culata á la boca del cañón.

Si en estas condiciones, con el proyectil animado de un movimiento rotatorio intensísimo, le empujamos de suerte que mediante un resalte tome la raya del cañón, entonces una gran parte del movimiento rotatorio se convertirá en rectilíneo y el proyectil saldrá de la boca del cañón animado de una velocidad proporcionada á la que el motor le comunicara.



El proyectil antes de tomar la raya del cañón gira con velocidad vertiginosa.

Aun más, como lo indica de un modo esquemático el dibujo, podría envolverse el cañón con una ó varias capas de alambre aislado de modo que todo él formase un solenoide, como se dice en términos de física, es decir, que el proyectil, en ciertas condiciones que serían á determinar, podría recibir energía rotatoria hasta el propio momento de abandonar la boca del cañón. Para ello bastaría que la base del proyectil fuese un inducido, como el núcleo de un motor eléctrico, asegurándose el contacto en el ánima del cañón por alguna pieza de cobre que resbalase sobre un conductor.

Esto, bien entendido, como lo indica el título general de esta parte de Revista Gráfica es una anticipación, pero me parece que la idea vale la pena de que la estudien personas *del oficio*, pues no veo inconveniente insuperable para no almacenar en proyectiles de masa adecuada, una fuerza viva igual ó superior á la que le comunica la pólvora ú otra substancia explosiva cualquiera.

Los explosivos tienen la enorme ventaja de su escaso volumen y peso, dada la energía que desarrollan, pero sus inconvenientes y peligros son tales que es preciso buscar en los medios mecánicos el modo de reemplazar tan peligrosos auxiliares.

De todos modos, y aun suponiendo que estos cañones no fuesen prácticos en campaña, ¿no podrían ser útiles para la defensa de plazas y costas en donde la instalación sería facilísima?

Hermes.

Fantasía acerca del cañón eléctrico.

Ayuntamiento de Madrid

"LA VÍSPERA DE LA CORRIDA", POR IGNACIO ZULOAGA

La víspera de un día de toros, damas y galanes acudían á contemplar el ganado que aguarda la hora del encierro. Esta costumbre ha desaparecido ya, ó se limita á los hombres.

EL FATALISMO DE LOS TOROS

A Mariano Moreno, fraternalmente.

CÓRDOBA

Bajo el plenilunio duerme Córdoba, y el viajero camina por la angosta y luenga calleja que forman las tapias de un convento monjil y las de un caserón solariego, enfrontadas con una ringla de casucas. Quedaron atrás el río, la ciudad moderna, el barrio noble y aquella iglesia antiquísima que mueve á orar, con sólo la venerable sencillez de su euritmia y el pulimento de sus bloques. El viajero atraviesa un arrabal de pobreticos. No detiene su paso ni el surtidor en la marmórea taza morisca, ni el retrato de un hidalgo ó una abadesa del siglo XVI, entrevistos al flotar de las cortinas heráldicas, ni el rumor de un piano al fondo de un palacete, ni la pompa de vidrios y hierro forjado con que se fabricó en tiempos de Carlos III esta farola que todavía alumbra un campanudo portal. Olvidado vestigio de otra época es el caserón por cuyas bardas asoman cipreses y palmeras. El muro del conventico desborda sus rosales. Hay una espadaña con una esquila, y se destaca verdosamente en el cielo invernizo, en la esmaltada infinidad de un azul negro, con las estrellas aisladas y

Ayuntamiento de Madrid

EL PALCO

El drama va á comenzar. El sol baña la arena. Una magnífica muchedumbre de manolas pavonease en los palcos, ávida de arrebatar la admiración del público á los toreros.

trémulas, que dan frio, con el disco de la luna muy próximo...

El lado de las viviendas está en sombra, y lleno de bultos, en que á poco se reconocen galanes fijos en la reja. La parte de las cercas se inmaterializa al fulgor del plenilunio, y en la soledad. Avanza el viajero sonambulescamente. Una figurita surge en lo último, allá donde una lámpara eléctrica lucha porque se olvide su anacronismo, debilitando de más en más su tenue brillo sonrosado. Ya llega el noctámbulo, envuelto en la capa; y la seda, bordada al realce, tiene fulgencias vítreas. El sombrero redondo, rígido y minúsculo, cae sobre el rostro, sin ocultar la llamarada de unas pupilas y la roseta bermeja de un cigarro entre el embozo de velludo. En un claro de la pañosa corusca una onza, á no dudar, colgante del reloj. Chispean en el suelo los charolados zapatos breves. Menuda y como aniñada es la estatura del recién venido. Con dificultad detiene su marcha, por demás retadora y triunfal.

—¿Dónde va lo bueno?

Ayuntamiento de Madrid

— Hola, ¿eres tú?... Ahí en *ca* Boliche... *Amos* juntos...

Y el forastero y el espada archipopular doblan la esquina, ganan un callizo y otro callizo, se cuelan en un tabernucho casi subterráneo. La misma luz eléctrica desmayada. Humo de tabaco, vaho de vino, la confusión de unos bebedores inmóviles, una guitarra en una dependencia inmediata. Toneles y cristalería. Un lebrel.

— *Güenas* noches, *Rafaelito* y la *compaña*.

— Con Dios, señores.

Descorren una rameada cortina los intrusos y penetran en el cuarto donde sonaba la guitarra. En torno á una mesa, hállanse un banderillero corpulento y picado de viruelas, especialista en los *pares de castigo*; un pintor que exalta en sus lienzos la complejidad sensual y sentimental del pueblo de Zoraidas que se llaman hoy Rosario y María, esa lucha del recuerdo pagano con la cristiana esperanza; un poeta, entregado á las chinescas ocupaciones de imitar los romances y las letrillas de los autores clásicos; un borrachín, con los bigotes húmedos y con burbujas del mosto. Dos embozados, el chambergo hasta las cejas, una pierna cabalgando en la otra, debajo de la capa. Todos morenos de piel, cetrinos, grave la expresión y flacos, excepto el poeta, cuyo abdomen se trazó con un compás muy abierto. Resaltan en el velador los vasos de montilla, junto á las huellas babosas de otros vasos que desaparecieron ya. El espada ofrece su petaca, guarnecida con afiligranadas reducciones en oro de los *hierros* de algunas ganaderías célebres, y luego bate palmas en demanda de una nueva rueda de copas. Responde á lo lejos una voz de tiple, y acude un enano de esférica obesidad, con una bandeja en alto. Uno de estos monstruos característicos en la tradición de determinadas industrias españolas, como la de ventero. Diríase que el cielo colocaba adrede la mansedumbre de parecidos tipos al lado de la fiereza de los remotos caminantes, como símbolo de un más sosegado y discreto vivir.

Preside el corro una estampa envejecida, con la apoteosis de Lagartijo. Ahí está, en la blanqueada pared, sobre la estrechísima puerta, color almagre, de un armario, ahondado en el muro, y en que se conservan los fritos manchegos. Se habla del campo y sus aceitunas.

El poeta, la corbata carmesí y la barba en rastrojos confundidas por la violencia del escorzo, tañe la guitarra, mientras platican los amigos, y ha tocado una

"LA SUERTE DE CAPA", POR HENRI ZO

El toro acude al engaño... Excitado por los gritos de la multitud, el toro acomete á los toreros, y estos tienden el capote burlador.

Ayuntamiento de Madrid

de esas *alegrías* que tanta tristeza esconden en lo más íntimo de su tumulto. Son como la risa de una mujer que va á morirse de pena...

— ¿No fué aquí dónde se suicidó aquel banderillero del Chico de Juan? — ha preguntado alguien, de repente.

— Sí, de aquí salió para pegarse un tiro.

— ¿Por qué se mató?

— Porque tenía hambre.

Gobierna la reunión una gravedad que parecía exclusiva de los labriegos castellanos. La tierra quijotesca se adentra en Córdoba por la rampa de su yermo, y más pronto encontraríamos á los hidalgos que á los jaques de rumbo. Pesa sobre la patria de Séneca la historia y la leyenda de los filósofos y eruditos. Los árabes recomendaban á quien buscaba un libro, que fuese á Cordoba. Por otra parte, las penitencias del catolicismo á seguida de la molicie islámica, añadieron disciplina y rigidez. Fruto ponderado de tales elementos resultan los cordobeses del día, sin que se exceptúen los toreros. Dichos lidiadores, empujados por la miseria y por su no domeñado orgullo, ejercitan un estilo común en la arrogancia y sobriedad, *el toreo de brazos*, trasunto de la entereza de los hidalgos y de la estoica comprensión, y hasta ennoblecido por la aristocracia moral de una vaga melancolía. No producen regocijo, emocionan. La corruptora sensualidad del Sur, que desequilibra á los ingleses y alemanes, que puebla de cascabeleros *jándalos* los valles asturianos, que no permite cuajar muchas inteligencias indígenas, pasa sin tocar á los cordobeses. Por el contrario, cabe afirmar que los cordobeses la castigan con un puyazo magistral.

"LA PRUEBA DE LAS PUYAS", POR HENRI ZO

Los picadores ensayan contra un poste las pugas, y el centauro adquiere gallardías que difícilmente sabrá sostener ante los toros.

...Pero atendamos á Boliche, el orondo patrón. Aquí llega con una bandeja de *chatos*. Convida Machaquito y me brindó un vaso Julio Romero de Torres.

SEVILLA

Al verme entrar por el seto de alambres, el amo de la finca lanza de sus manos un gallo de pelea, que estaba examinando, y acude á mi encuentro.

Bajo el sombrero redondo y sobre la camisola nítida, con adornos escarolados, destaca la gitanesca faz. Sedeños tufos negros se abaten en su frente, las cejas

Ayuntamiento de Madrid

espesas son como signos jeroglíficos en el rostro de ese *nieto de los Faraones*. Las pupilas parecen de un ámbar que fuera negro, y es verduzco el blanco de los ojos. Tiene la boca contraída por la cicatriz de una cornada. Alrededor extiéndese la mancha de la barba que se afeitó siempre, y el oro que pusieron la africana raza y el sol hispano, en su epidermis. La talla

Rafael simboliza las pasiones y las fantasías de la Bética. Es torero, y su capote, encarnado y amarillo, flamea efímeramente en radiosas magnificencias, fugaces como el deslumbramiento de un cohete en las estrellas. No se impone á las muchedumbres con el contundente vigor de una estocada que derriba al toro con las patas rígidas, de una vuelta de campana.

"CORRIDAS EN FRANCIA", POR F. MONTENARD

En el mediodía de Francia hay el mismo culto que en España por las corridas de toros. En Arlés celébranse en el antiguo circo donde los gladiadores luchaban con las fieras.

corriente, y vestido al modo de los chalanes, con la chaqueta ceñida y halduda, hueco el pantalón y con pliegues en los zapatos. En su diestra, que me ofrece, sangra una piedra roja en un anillo. Y diríase que este vidrio de fuego sirve de arranque á la ardorosa naturaleza de mi interlocutor, como un sólo rubí de las granadas contiene la clave de sus piñas, del cuero manchado de escarlata, y de aquellas flores de carne...

Junto á la gravedad cordobesa, evocación de Roma y sus atletas preocupados por conservar la gallardía en el instante de morir, al lado de la melancólica, la robustamente melancólica fijeza de los hidalgos manchegos metidos á lidiadores, el sevillano florece y sutiliza con ardides, desplantes de feria, arabescos, pinturerías, efectismos de pompa de jabón. La multitud, recluída en la cobardía de todos los rebaños, ante la adustez triunfadora

Ayuntamiento de Madrid

de Córdoba, ama y odia, vive y se exalta y desea, cuando Sevilla despliega su capa, alegre como un pañolón chinesco. El público, entonces, adquiere la psicología y entrañas de esas hembras andaluzas que lloran porque se les negó una sonrisa, lloran con lágrimas de imagen de procesión, y que contemplan sin inmutarse la muerte de los toros, y no hacen más que palidecer si el muerto es un hombre. Así fué aquella mujer que amó tanto el maestro Montes, de Ronda.

Esclavo, ó con un alma, mejor, un corazón femenino; así es el público de la fiesta de sangre y bravura.

Los toreros cordobeses, lógico y condensado sedimento de su casta, si en la arena mantienen su autoridad, no la quebrantan y corrigen en el ocio invernizo. Los hemos sorprendido en sus ocupaciones agrícolas, y en las tertulias de la taberna, en un cuartuco enjalbegado y con la lividez de una ampolla eléctrica, á donde llegaba la pesadumbre de esa tristeza moruna que flota en Córdoba. Y el vino y la guitarra ensombrecieron todavía más los pensamientos. Era en aquella hora del letargo nocturno...

Rafael Gómez, el *Gallo*, sale á recibirme y me conduce al centro de la recién adquirida posesión. Desde allí señala con el brazo extendido los límites, siguiendo los alambres. Nada se ve, sino la tierra removida, y dos gañanes que marchan encorvados, en actitud de depositar algo microscópico en los amoratados terrones. El costillaje de un kiosco traza su cuadriculado en el azul de la tarde, que ya comienza á languidecer. Se oye el tintineo de una invisible pastoral, y las barreras de arbustos interceptan el llano. Aquí y allá, el quebradizo esqueleto de unos chopos sin fronda, que el sol crepuscular convierte en monstruosos corales. Una ringla de eucaliptus, desmelenados al viento. Solitarios cipreses, con un penacho de luz en la cima. Allá á lo lejos, Sevilla es una niebla violácea, y la Giralda semeja de plata.

"LA MULETA". POR ZO

Los adversarios se encuentran frente á frente, observándose. Es el momento solemne que los aficionados llaman "la hora de la verdad".

El *Gallo* ha comprado una huerta y anda trocándola en jardín. «Todas las flores son traídas de Francia, de París», dice, y dirigiéndose á un abuelete que con paso lento se acercó á nosotros, escoltado por un galgo, demanda su aprobación. «¿No es verdad, señor Jose?» A la pregunta del torero, el anciano responde, atisbándome con sus ojuelos tiernos y débiles: «Todas no: los claveles y los nardos serán de Sevilla.» Este buen viejo enlutado con un recio traje velludo, harto capaz para su figurita breve y sonrosada, es el amo de «Capuchinos», el jardín célebre por la comedia de los Quintero. Sabe el personaje su importancia artística, llama *los niños* á los ilustres literatos, y con prosopopeya me concede el honor de llevar los dedos callosos, de uñas

Ayuntamiento de Madrid

"LA CAPEA", POR G. COLIN

Así se formaron los grandes toreros de todas las épocas, luchando en los pueblos con fieras toreadas ya en otros pueblos. Es en el período en que el "hambre da más cornadas que los toros" según la frase célebre.

muertas, á su amplio chambergo gris, y luego alárgame una parte de su petaca en donde asoma el clásico paquete de cincuenta céntimos.

Así que *Rafael* me expuso sus ilusiones campestres, ha querido mostrarme las ocho jacas de Jerez, que alborotan allí mismo, en un establo de maderas. Un mozo de cuadra, gitano como Rafael, hace desfilar los ocho brutos, desnudo el pelaje, con briznas en la panza. Redondeados, armoniosos, bruñidos, de tonalidad cálida, la oreja viva, los cascos pequeños, la cola en arco. En las ancas, llenas de reflejos, está la huella áspera del hierro, un corazón. Al último sale, resistiéndose, un caballo con las piernas grises y el lomo níveo, grande, con cierto aire de mudo. Manchan sus flancos unas pinceladas amarillentas.

— Eso es de las polainas — explica Rafael. — Este caballo se lo regaló don Eduardo Miura á Joselito, y es muy bueno para las tientas. Torea solo...

— ¿Dónde está Joselito? — interrogo, aprovechando la coyuntura.

— Por ahí... Salió de cacería... Como no llueve, la vacada no come, y no se puede ir de tienta.

Flores, caballos, un pavo real en la rama de un árbol ó en la capota de un coche que aguarda junto al establo, uno de esos coches sevillanos, con cortinillas de hule pajizo y dos farolas que coruscan; en el pescante hay unas colleras de cascabeles. El *Gallo* es pobre, á pesar de sus ochenta contratas por temporada. Sin embargo, en lugar de fincas urbanas ó cortijos, compró un jardín, ocho jacas, un pavo real, cien gallinas negras, todas negras, que pululan en un enverjado de alambre, envueltas en las plumas que flotan y acaban por enredarse en la metálica red; compró una sortija con una

Ayuntamiento de Madrid

piedra colorada... ¡Sevilla, Guadalquivir! El rumbo, la majeza, un sensualismo árabe, la corrupción...

Rodea tanta futura belleza floreal, una casita de un sólo piso, con las tejas gordas como zuecos, con una ventana defendida por barrotes, un poyo en la puerta — ¡coloquios de junio, peladuras de pava! — y el retorcido y deshilachado sarmiento de una parra, en que todavía permanecen tres ó cuatro pámpanos de púrpura. La madre y una hermana de Rafael bordan unos lienzos en la entrada de la vivienda. Al pasar, con el rabillo del ojo, vislumbro una testa charolada por el cabello, las pupilas como bocas de cisterna, la firme estatua, y un brazo muy moreno, y el retorcido tacón del chapín, y la blusa blanca impecable de la hacendosa mujer andaluza. Es el hogar sorprendido. No nos dejarían detenernos. ¡Tierra sevillana, y aquel jardín de moreria...!

Cuando broten los claveles junto con las rosas de París, el *Gallo* principiará su éxodo triunfal, y no podrá bañarse en la luna de los nocturnos béticos, saturados de aromas. Entonces, este trozo de tierra que amoratá el frío, se cubrirá con un mantón de Manila, ¡otro mantón chinesco tendido al paso del torero *cañí*!...

REVERSO

¿Por qué el público de los toros muéstrase tan orgulloso de la arrogancia y bravura del espectáculo? Sin embargo, nada hay más cobarde que la muchedumbre de los clásicos tendidos. Salta á la vista, que si ese matón que se levantó de su localidad, y todo enfurecido y rojo increpa al picador, demostrando su pericia en los acostumbrados lances taurinos, fuese valiente, dedicariase á torero. Nada en el mundo le apasiona tanto como la lidia de reses bravas.

Y así ocurre con la mayoría de los españoles. El buen español se apasiona por la oratoria y por los toros. No ese discurso persuasivo y cordial del maestro en las ciencias ó las letras, sino las parrafadas de escalinata con una sonora bola que rueda de peldaño en peldaño. En cuanto á la fiesta nacional, tórnale esclavo, como no le infunda el alma tornadiza y voluntariosa de la mujer que suele llamarse *la hembra*.

Y es que el pueblo español está agotado. Cuando los caballeros cortesanos de los Austrias alanceaban toros en la plaza pública adornada con tapices, no pasaba la zambra de ser un incidente en medio de las aventuras formidables que realizábamos en la redondez de la tierra, redondez que se debe á nosotros. Hoy, las corridas constituyen el último acto de nuestra desaparecida gallardía y protestamos en contra de la campaña en África, en nombre de la cordura. ¿Osará alguien decir que es valiente el público de los toros?

Pero España es un país imaginativo, no con la terneza de los países nórdicos; con la sequedad ambiciosa del árabe. Y si renunció á la acción, no despierta de sus sueños de acción. Y el orador castelarino dice las cosas como los españoles las soñamos, y el torero cordobés realiza la hazaña soñada, y el torero sevillano consigue la victoria, soñada también.

España tiene en su anverso el valor inútil, y en su reverso la apatía. Desenvolved esta observación, y hallaréis cómo un trágico fatalismo está en el alma de la fiesta nacional.

Federico García Sanchiz.

Ayuntamiento de Madrid

Los soldados de artillería belga haciendo ejercicios de tiro.

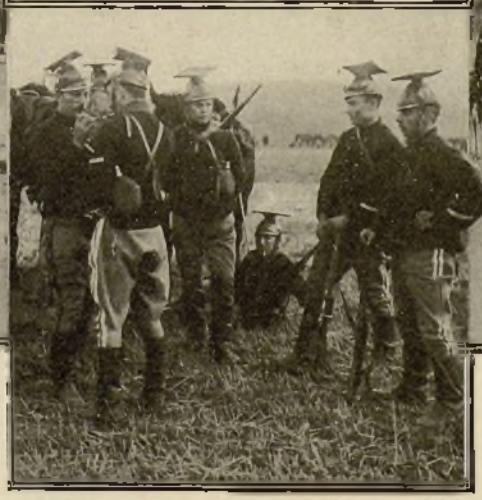
Oficiales examinando los efectos de la artillería en los blancos colocados á gran distancia.

El general Ceuninck, encargado de dirigir las maniobras de las tropas belgas, discutiendo el plan de campaña con el general en jefe del partido rojo.

Las Maniobras Belgas

Cuando se hablaba de Bélgica, los alemanes no tenían en cuenta á esta nación, en lo que á la guerra se refería, descontando que en caso de necesidad atravesarían este país, para lanzarse sobre Francia, siempre

Soldados de infantería belga en marcha. Como se ve, el peso del armamento no ha conseguido borrar las sonrisas de los animosos soldados.



Los dragones, tras una ruda cabalgada, se detienen momentáneamente en medio del campo. — A la derecha la compañía de motociclistas.

Ayuntamiento de Madrid

deseosa de recuperar le Alsacia y Lorena é impaciente de poder arrojarse á su vez sobre Alemania... aunque para ello tuviere que atravesar el territorio belga.

Mientras unos y otros hacian descaradamente tales declaraciones, los belgas han ido reorganizando su ejército y, en las actuales maniobras han presentado un conjunto de hombres perfectamente equipados é instruídos á los cuales no sería tan fácilmente de arrollar como pensaban. Además, como el efectivo de las fuerzas belgas ha sido considerablemente elevado, sus enemigos, y muy especialmente los alemanes, que han acumulado gran parte de sus fuerzas en la frontera belga, tropezarian con una barrera infranqueable que modificaría por completo las fases de la futura guerra franco-alemana, continua amenaza contra Europa, que parece no desear sino su propia destrucción.

Parque de artillería

Artillería de columna.

Es realmente pavoroso ver los cálculos que franceses y alemanes hacian á propósito de su lucha inevitable. Unos y otros forjaban gallardos planes de ataque tomando á la Bélgica como puerta de entrada para combatir á sus enemigos, y en este caso sí que viene, que ni de molde, aquello de que no contaron con la huéspeda, y esta es la Bélgica que no se quiere dejar invadir. Y no es esto solo; la nación que intente violentar la neutralidad de este laborioso pais, puede contar con que el ejército belga, nada despreciable, irá á sumarse con aquel otro que la haya respetado.

Esperemos que la inauguración del Palacio de la Paz ponga un poco de su clarividencia en los cerebros que momentáneamente dirigen los asuntos políticos.

ANTONIO MUÑOZ PÉREZ.

Tras las fatigas de la jornada, el artillero es feliz pudiendo descabezar un sueño, recostado contra el terrible instrumento de destrucción.

Ayuntamiento de Madrid

GRECIA
LA
ETERNA

Realmente, aquella tentativa de Raymond Duncan no podía triunfar en París. Gusta el *sprit* moderno de descubrir el pasado armonioso y clásico, gracias á la insinuación de un detalle en las vestiduras, de un rasgo en el desnudo. Pero no soportaríamos una completa resurreción del ayer, porque esto destruiría en absoluto el presente. Jean Moreas pudo recordar un día de cielo azul, aquí en París, la eterna serenidad del firmamento helénico. Es se-

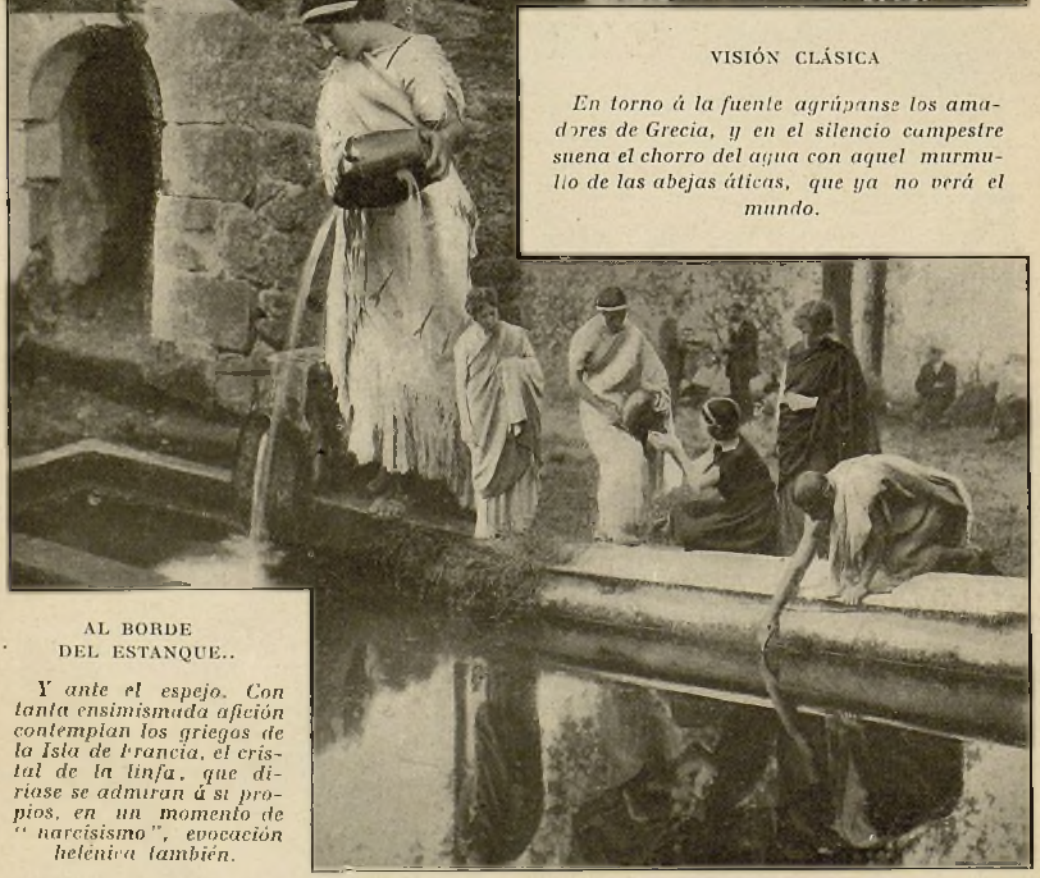
EL FLAUTISTA

En una tibia y soleada mañana de cristal, grata al reposo en la blandura del césped, deslízase el idilio helénico. El eco, al repetir la tonada del carrizo, trae á la memoria los versos de Teócrito.

Ayuntamiento de Madrid

VISIÓN CLÁSICA

En torno á la fuente agrúpanse los amadores de Grecia, y en el silencio campestre suena el chorro del agua con aquel murmullo de las abejas áticas, que ya no verá el mundo.



AL BORDE
DEL ESTANQUE..

Y ante el espejo. Con tanta ensimismada afición contemplan los griegos de la Isla de Francia, el cristal de la linfa, que diríase se admiran á sí propios, en un momento de "narcisismo", evocación helénica también.

Ayuntamiento de Madrid

LA HORA DEL TRABAJO...

Se adivina la canción pura y dulce en los labios de los tejedores. Todo es ritmo y patriarcalidad. Cada colono cultiva su propia existencia como una obra de arte.

guro que los trescientos sesenta y cinco días azules y dorados de Atenas, tornarían opaco el sol parisiense.

Las multitudes encontraron ridícula la banda de Raymond Duncan. Y la banda ha huido, refugiándose en la Isla de Francia. En medio de los bosques, los enamorados de *aquella* Grecia, siempre con sus clámides y sus sandalias, reviven la vida sencilla, laboriosa, espontánea, artística y pastoril. Ellos tejen las telas que los visten y realizan por sí mismos cuantos cuidados requiere la subsistencia de

la colonia. Al principio, provocaron la extrañeza de las gentes del país. Poco á poco conquistáronles, y los rapaces indígenas acuden á adiestrarse en esa escuela encantadora. El perdido ideal del equilibrio y la armonía retorna en sus danzas y en sus sosegados placeres intelectuales y en sus trabajos cotidianos. Platón expulsaba de su República á los poetas. La poesía forma el ambiente impalpable y encantador de la novísima colonia platoniana.

Ayuntamiento de Madrid

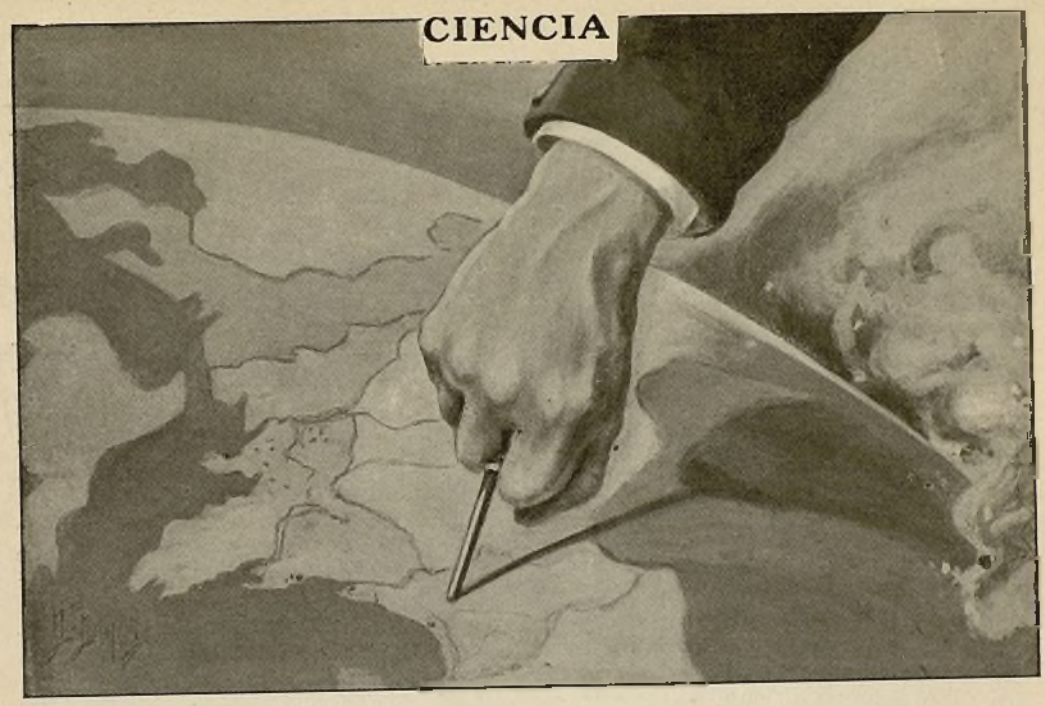
El otoño y la moda

...Y ha llegado el otoño hasta para Deauville. ¿Qué digo? donde primero ha llegado ha sido á la playa célebre, y allí se le aguardaba con impaciencia. Quizás el secreto de la constante y feliz espiritualidad que demuestran las mujeres de la alta vida parisiense, está en armonizar y entonar con el ambiente que las rodea. No pretenden imponerse, sino que se amoldan á las circunstancias. Sólo que pretenden, y lo consiguen, asimilarse aquellas delicadezas y finuras más rebeldes, más difíciles de apresar que el bloque de las cosas desaparecidas ante la novedad que viene.

En Deauville, por ejemplo y por modelo, sabido es que la atracción se cifra en el sol veraniego, y cuantas voluptuosidades y abundancias circundan al astro rey en su plenitud. ¿Se esforzarán por esto las parisienses en fingir que no pasa el estío, y continuarán su existencia y sus *toilettes* de agosto? No. Porque desmentirían con esto la sensibilidad de sus nervios barométricos, su alma de alondra, su frivolidad que tanto y tanto las enorgullece, pues significa la incesante renovación. En Deauville se anuncia el otoño en los celajes de nácar, en la *acidez*, por así decirlo, del aire y de la luz, en una atmósfera de sentimentalismo literario...

Las mujeres más elegantes del mundo, triunfan en su propósito de llevar el encanto otoñal á sus trajes, es decir, á su corazón. Y aparecen antes que nada, esos vagos y arbitrarios *manteaux* de *demi season*, que prestan á la silueta flexible é ingrávida la apariencia de una nube en un cielo de Fragonard. Y luego son esos colores indecisos y crepusculares, las *echarpes* serpentinas, el terciopelo que vuelve con su brillo profundo y adormecido de lago que sueña. Todavía queda la nota firme y deslumbrante de un sombrero florido, de un escote ó una sombrilla de fulgor metálico, como el sol de la tarde pone un último rayo, que es un incendio, en los vidrios de la ventana más alta.

Ayuntamiento de Madrid



UN POZO DE EXPLORACIÓN GEOLÓGICA

Hacer un pozo de exploración geológica, tan profundo como lo permitan los adelantos de la industria moderna, he aquí una idea de Flammarion. Hasta ahora, la perforación más grande de la tierra se realizó en el período de 1893 á 1902 en la alta Silesia, y llegaba á 2.003 metros. Pero no fué sino arañar la epidermis del globo.

La Ciencia pretende perforar la Tierra

Los habitantes del mundo terrestre no conocen aún el planeta en que viven. Lo han descubierto geográficamente y casi han recorrido por completo sus dominios continentales y marítimos; lo han descubierto también astronómicamente, determinado su forma y medido su peso; mas por lo que toca á su constitución, á su naturaleza intrínseca, lo ignoran. Sólo por casualidad y de una manera indirecta, han penetrado superficialmente, muy superficialmente, en su interior. Los túneles abiertos en las montañas para las comunicaciones por ferrocarril, no atraviesan sino las ondulaciones de la corteza terrestre; los pozos más profundos para las explotaciones mineras, apenas llegan á dos kilómetros bajo el nivel del mar. El taladro más penetrante de la tierra fué hecho de 1893 á 1902 en Paruschowitz (alta Silesia) cerca de Rybnik, fué 255 metros más profundo que el practicado en Schladebach, cerca de Merseburgo (Sajonia prusiana). En éste la sonda acusó 1.748 metros y en aquél 2.003; pero esto no son más que minúsculos arañazos en la epidermis de nuestro globo.

La idea que expuse hace tiempo de hacer *ex profeso* un pozo de exploración, tan hondo como lo permitieran los ingeniosos recursos de la industria moderna, acaba de tomarse en consideración á propósito de los últimos temblores de tierra y de las contradictorias opiniones de los geólogos acerca de la constitución interior de nuestro planeta.

Ayuntamiento de Madrid

Éste ¿es líquido ó sólido?

Desde la antigüedad, los más autorizados sabios estudian el problema bajo todos sus aspectos, sin haber encontrado la clave del enigma.

Hasta no hace mucho, se admitía generalmente la existencia de un núcleo líquido é incandescente cubierto por liviana película. El calor que se nota en los pozos de las minas, la existencia de focos volcánicos, los chorros de lava en la superficie del globo, hacían creer que á 80 ó 100 kilómetros de profundidad todo debía estar fundido, líquido; pero la geología moderna no está dispuesta —y con razón— á ver los destinos terrestres colocados en la débil corteza que descansa en semejante horno.

De hecho, si el interior del globo fuera completamente flúido, esa enorme masa líquida, solicitada por la atracción lunar, se alzaría dos veces diarias constituyendo una formidable marea que haría estallar la corteza terrestre, la cual, aunque tuviese 100 kilómetros de espesor, no podría resistir el gigantesco empuje interior y, agrietándose, dejaría escapar olas de lavas borbollantes y nuestro mundo sería casi inhabitable. Viviríamos con la perpetua angustia de desaparecer de pronto en alguna sima que intempestivamente se abriera á nuestros pies, y las estadísticas municipales verianse obligadas á dedicar una casilla especial á las víctimas del mar subterráneo.

La velocidad de propagación de las ondas sísmicas y la débil intensidad de las mareas de la superficie, descubiertas y medidas en Potsdam por M. Hecker nos inducen á pensar que nuestra situación en la bola terrestre, aunque muy inestable, no es tan precaria como en la hipótesis de un globo lleno de un flúido incandescente.

Las nuevas teorías admiten que la tierra tiene, en conjunto, una rigidez comparable á la del acero, siendo á la vez sólida y elástica; pero esto no es aún más que una teoría, una hipótesis que puede ser cierta; pero que no está comprobada. No nos dice qué hay bajo nuestros pies. Continuamos en presencia de lo desconocido y el único medio de obtener alguna luz en este asunto es, evidentemente, penetrar en las tinieblas del mundo subterráneo.

FRENTE AL SECRETO

De lo que no cabe duda hasta hoy es que el calor aumenta á medida que se desciende en el interior del globo, aumento — aproximadamente — de un grado centígrado por cada 33 metros de profundidad; pero el crecimiento no es el mismo en todas partes. Aquí, el termómetro sube, en efecto, un grado á los 33 metros; allá no acusa este incremento sino á los 50, 60, 80, 100 y, á veces, 120 metros. Además — sobre todo cerca de los volcanes!— el calor aumenta un grado por cada 15 y hasta por cada 10 metros de profundidad; pero aunque variable según las regiones, este aumento térmico es general y absolutamente cierto.

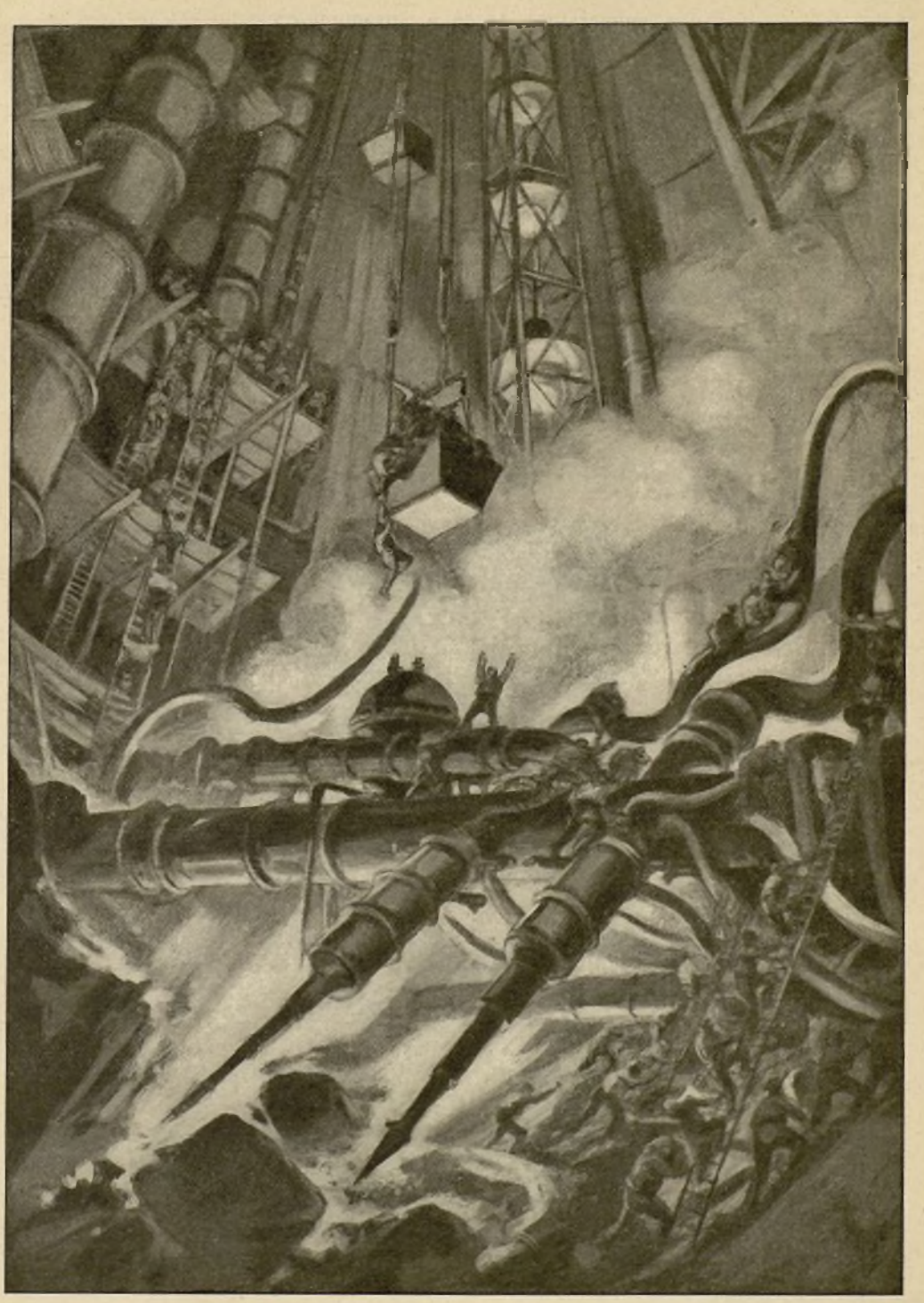
¿Á qué obedece el calor interior del globo? Hasta ahora se ha considerado como el último vestigio del calor primitivo de nuestro planeta al desprenderse de la nebulosa solar, y se ha creído que el incremento observado llegaba hasta el centro de la tierra, calculándose en 200.000 grados la temperatura de las regiones centrales, deduciéndose que, como todos los minerales conocidos se funden á los 3.000 grados, la masa interna del globo debía estar líquida. Esta es la base de la antigua teoría del fuego central, pero no está demostrada. Dicho calor interno podía muy bien tener su origen en las mismas rocas, en el radio, ú obedecer á cualquiera otra causa. Es innegable el interés de este problema y el primer objeto de la construcción del pozo geotérmico, sería resolverlo, procurando hacer racional y directamente lo que hasta hoy se ha hecho de un modo casual é indirecto.

El primer resultado sería obtener una fuente inagotable de calor, pudiendo distribuirse y aplicarse industrialmente, dando la comprobación científica del grado geotérmico según el cual, la temperatura del agua hirviendo debía hallarse hacia los 3.000 metros de profundidad.

El segundo sería la exploración de este mundo desconocido ¡Quién sabe qué curiosidades geológicas, paleontológicas revelaría esta investigación en las profundidades subterráneas! Minas de hierro, de cobre, de metales preciosos, filones de oro, de platino, de plata, de radio, elementos no sospechados, fósiles de las épocas más remotas, sin hablar del incógnito mundo que duerme en los abismos.

También se encontraría manantiales más ó menos caudalosos de agua caliente, como el que brotó en 1903 mientras se perforaba el Simplón á 10 kilómetros de

Ayuntamiento de Madrid



LAS PERFORADORAS MONSTRUOS

En el fondo de los pozos, las perforadoras, de una fuerza inaudita, barrenando.

Ayuntamiento de Madrid

Brigues, con una temperatura de 48 á 53 grados; ríos subterráneos; cascadas susceptibles de emplearse como fuerza motriz; inmensos lagos poblados de peces ciegos como los de las grutas de la Carniola; una fauna y flora inimaginables; seres fosforescentes análogos á los que habitan el fondo de los mares, que alumbrarían los paisajes subterráneos con resplandores fantásticos; gigantescas estalactitas y estalagmitas; cavernas habitadas por seres extraños que evolucionaron bajo las enormes presiones de varias atmósferas, etc., etc. De este modo la geología marcharía por las huellas gloriosas de su hermana mayor: la astronomía. ¿No es un poco humillante haber viajado hasta los astros con el telescopio, medido sus distancias, pesado y analizado, y franqueado millares de millones de kilómetros gracias á los maravillosos descubrimientos de la óptica, é ignorar lo que hay á algunos kilómetros bajo nuestros pies?

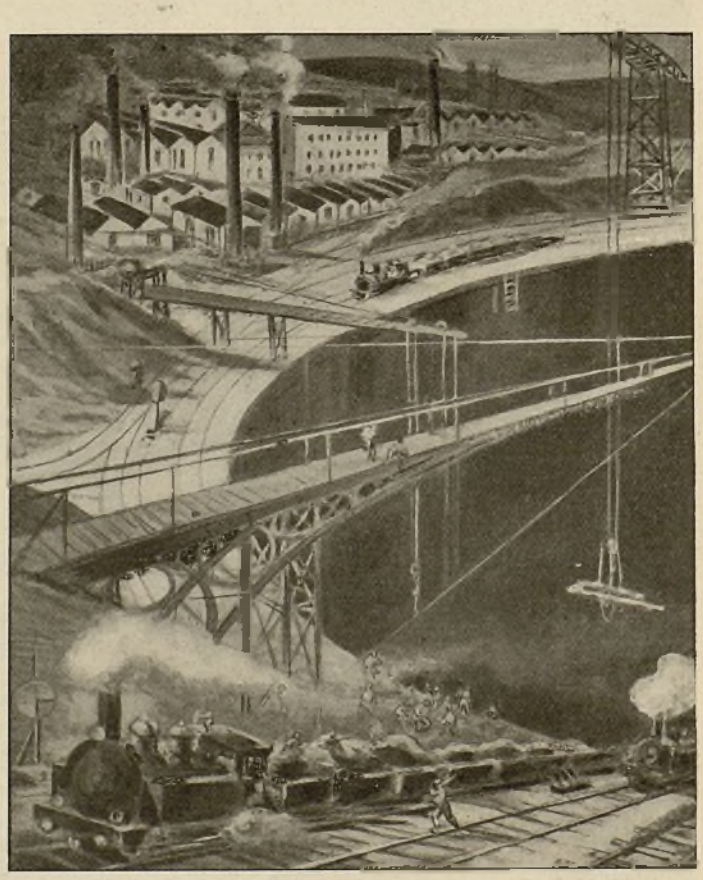
El proyecto del pozo de exploración subterránea se puede considerar como imaginario y en tal forma lo he presentado siempre. Supongamos, no obstante, que fuera posible su ejecución, que sueños no menos audaces hemos visto realizarse desde hace medio siglo ¿Cómo emprenderíamos su ejecución?

Se trata de hacer un pozo de tres, cuatro, cinco, seis y más kilómetros y siendo tan profundo debe tener una gran anchura; no es un pozo artesiano de Grenelle de 547 metros ó el más reciente de la Butte-aux-Cailles, ni un sencillo tubo de taladro. Admitamos un círculo de 200 ó 300 metros de diámetro, sostenido desde el primer momento por el macizo blindaje de un anillo de fundición muy espeso. (Un ingeniero me proponía recientemente reemplazar el cilindro de 300 metros de diámetro por tres cilindros más pequeños, yuxtapuestos, que separando el descenso del ascenso, ofrecerían mayor estabilidad.)

¿A donde arrojar la tierra extraída? Al mar.

Sin embargo, no convendría hacer el pozo á la orilla del océano, á causa de las filtraciones marinas, sino á varios kilómetros, en una llanura aproximadamente al nivel del mar. Sería conveniente la comarca de las Landas ó algunas llanuras de Bélgica, Holanda, Rumania ó Rusia. La tierra sacada se transportaría á la playa próxima por un ferrocarril apropiado, lo que añadiría un pequeño cantón al continente.

Hemos dicho que, con un incremento medio de un grado por cada 33 metros,



LA BOCA DEL POZO GIGANTE

A pesar de su relativa grandeza, el diámetro de los pozos gigantes será pequeño comparado con la profundidad de dicho pozo. Una

Ayuntamiento de Madrid

se encontraría la temperatura del agua hirviendo á unos tres kilómetros. Sería preciso descender mucho más aún para explorar verdaderamente la corteza del globo. ¿Qué son, en efecto, 3.000 metros con relación á los 6.371 kilómetros que nos separan del centro de la tierra?

¿DÓNDE SE ENCONTRARÍA DINERO Y BRAZOS?

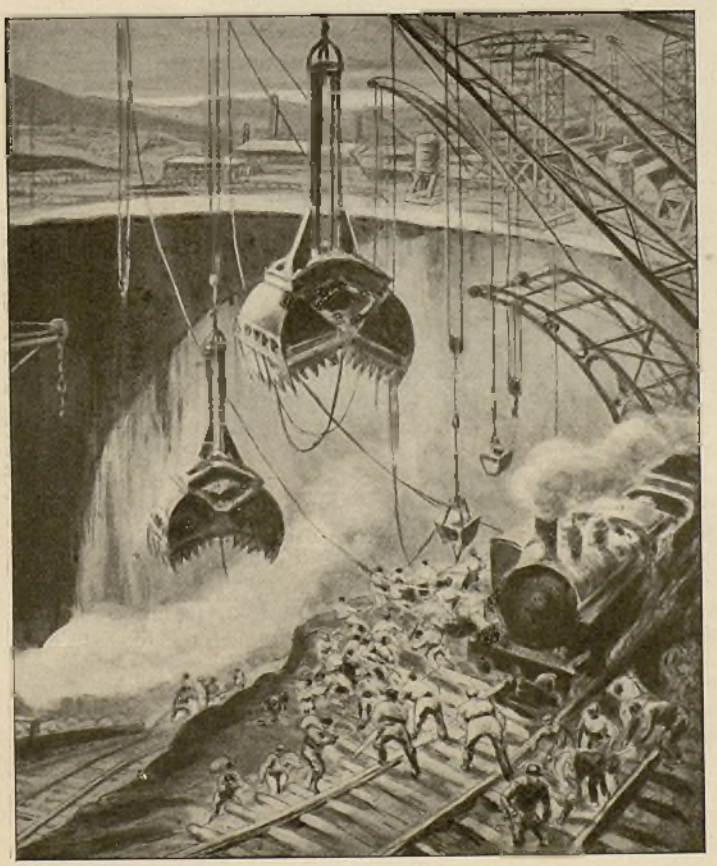
¿Qué obstáculos no se opondrían á la excavación de tal abertura? ¿Y las corrientes de agua subterránea? ¿Y los hundimientos? — Se puede preverlos. La industria frigorífica, tan próspera hoy, desempeñaría en nuestra empresa un importante papel. Congelación de los terrenos movedizos y húmedos, refrigeración del aire cálido, agua caliente, etc.

¿Y el dinero para realizar esta locura? No faltarían las buenas voluntades á juzgar por los graciosos ofrecimientos que me han hecho de vastos terrenos.

El jefe de una importante fábrica me ha dicho que está dispuesto á dar parte del material de blindaje y hasta se ha pensado en América para abrir una suscripción cuyo producto sería exclusivamente invertido en esta obra titánica.

Pero, en mi opinión, este prodigioso trabajo, no debía costar un céntimo. Podrían hacerlo los soldados. No quiero discutir la importancia de los ejércitos permanentes, que soy el primero en reconocer; pero nada se opone á que á esta institución se dé aplicaciones varias y fecundas.

¿Por qué no formar, internacionalmente, una legión extranjera de nuevo género? Sólo sería distinto el modo de trabajar. Los soldados están comidos, alojados, vestidos y todos conocen un oficio. Se organizaría escuadras para cavar, para limpiar, para transportar los escombros, para fabricar la fundición, para colocar la formidable armadura metálica, para construir las vías férreas necesarias.



verdadera fábrica, y un sin fin de vías férreas se instalará en las entrañas del mundo. Enormes grúas sumergerán sus brazos inmensos en los pozos gigantes.

Semejante trabajo exigiría años y años; mas ¿qué importa, puesto que los ejércitos son permanentes? Es posible que á la larga, habiendo cambiado parcialmente de forma el presupuesto de guerra, se acabaría por preguntar si no serían más útiles otras aplicaciones de este género que los cañones, fusiles, obuses, balas, torpederos y otras máquinas de destrucción y si, por último, no sería agradable decidir la supresión de la fuerza entre los pueblos. Cualesquiera que fuesen los descubrimientos científicos y las riquezas mineralógicas extraídas gracias al pozo geotérmico ¿no sería dicho

Ayuntamiento de Madrid

resultado el mejor y el más importante?

Evidentemente, esto es un sueño.

Además, la presión atmosférica presentaría serias dificultades á la realización de esta obra humanitaria.

Sin embargo, no es nueva la idea de un pozo colosal que atraviese las entrañas de la tierra y hasta bajo una forma más radiante aún: la de un túnel que perforase todo el espesor del globo; porque ya en el siglo XVIII hubo animadas discusiones entre Maupertius y Voltaire. Se trataba, en efecto, de una abertura cuya longitud fuera la del diámetro total de la tierra en cuyas extremidades pudiéramos, nosotros y nuestros antípodas, mirarnos con el auxilio de anteojos dirigidos al nadir. La situación de los observadores colocados en los bordes de este abismo sin fondo, provocaría acaso cierta sensación de vértigo y no dejaría de ser peligroso «asomarse» á él.

¿Qué ocurriría á un cuerpo que cayese en este pozo? La misma pregunta se hizo Plutarco en el siglo II de nuestra era, y en el XVI, mucho antes de las experiencias de Galileo acerca de la gravedad y la teoría de Newton sobre la atracción, Dante representó á Lucifer, que había caído del cielo, por los antípodas y arrastrado al centro de la Tierra, «al punto en que son atraídos de todas partes los pesos».

... il punto.
All guall si traggon d'ogni parte si pesi.

(*El Infierno*, canto XXXIV).

Se está tentado de contestar inmediatamente que «el cuerpo se detendría en el centro del globo, permaneciendo en él porque la atracción es máxima en dicho punto» con lo que se cometería un doble error, puesto que, por una parte, lejos de ser máxima, la atracción es mínima, nula, y por otra, al llegar al centro de la Tierra el cuerpo estaría animado de la velocidad precisa para continuar su camino hasta el otro extremo del diámetro, hasta los antípodas. Teóricamente, abandonado á sí mismo, el cuerpo volvería al centro de la Tierra y subiría al punto de partida, y luego continuaría describiendo una serie de oscilaciones análogas. Sería un péndulo de nuevo género.

¿Cuál sería la duración de esta caída en el abismo?

El viaje de ultra-tierra, ida y vuelta, duraría 84 minutos, ó sea una hora y 24 minutos; es decir, 21 minutos para llegar al centro de la tierra, 21 minutos para llegar á los antípodas, y los otros 42 para volver al punto de partida.

LOS MILAGROS DE LAS LEYES DE LA GRAVITACIÓN.

El eterno viajero llegaría á la mitad del pozo con una velocidad de 9.546 metros; pero lejos de estacionarse en él y permanecer clavado como Lucifer, continuaría su camino, en virtud de la velocidad adquirida, hasta los antípodas. Al llegar al otro orificio del tubo se detendría nuestro proyectil humano y, solicitado de nuevo por la gravedad, volvería á caer hacia el centro á donde llegaría con la misma velocidad de 9.546 metros, regresando hacia nosotros, para tornar otra vez á los antípodas. Este pobre cuerpo abandonado á sí mismo sería zarandeado indefinidamente. Si suponemos que el pozo está hecho de uno á otro polo, el cuerpo iría en línea recta á lo largo del eje terrestre, del polo norte al sur y recíprocamente. Si suponemos hecho el pozo en una latitud de Europa, de América ó de África, hay que tener en cuenta la influencia de la rotación de la tierra y el efecto de la fuerza centrífuga. Un punto de la superficie del globo recorre 465 metros por segundo en el ecuador y 305 en la latitud de París, de oeste á este. Como la fuerza centrífuga es inversamente proporcional á la distancia del eje de la Tierra, un objeto colocado en la superficie del suelo está animado hacia el este de una velocidad un poco mayor que una piedra del fondo de un pozo. Ahora bien, no pudiendo anularse el exceso de esta velocidad, si se deja caer una bola de plomo en un pozo, no sigue exactamente la vertical, sino que se separa un poco hacia el este. Esta desviación es de 33 centímetros en 100 metros de profundidad, en el ecuador. Si el abismo sin fondo estuviera hecho en el ecuador tenía que ser ó muy ancho ó muy oblicuo porque el cuerpo que se precipitara en él, pasaría á 436 kilómetros del centro de la Tierra.

Si estuviese el pozo en una pampa de la América del Sur, y partiese de una altitud de 2.000 metros, por ejemplo, y el punto de llegada estuviera al nivel del mar, el hombre que hubiese caído en el pozo

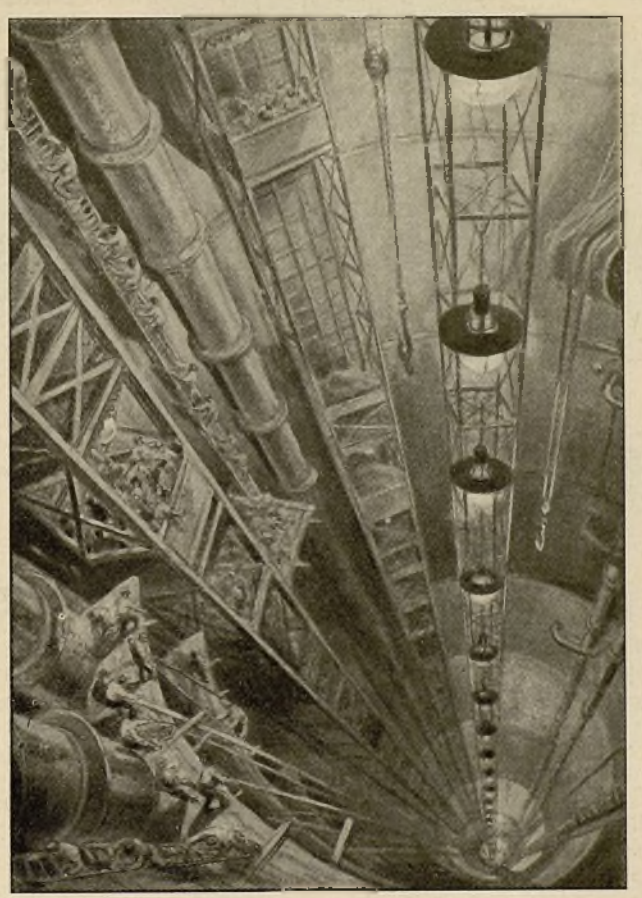
Ayuntamiento de Madrid

americano llegaría al otro lado del globo, con una velocidad importante aún, saldría de la boca del abismo y los espectadores verían aquel extraño proyectil vomitado por el volcán vacío, lanzado á los aires hasta una altura de 2.000 metros y caer luego, no en el pozo, sino al lado. En la hipótesis del pozo hecho en los dos extremos, al nivel del mar, podríamos tender la mano al viajero en el momento de llegar porque entonces su velocidad es nula.

En nuestra hipótesis anterior sería conveniente, por el contrario, separarse de su caída. Entre ambas hay sitio para una llegada lenta y tranquila y para una recepción más digna del experimentador *in extremis*. La experiencia que hemos indicado bajo un aspecto pintoresco, demuestra la verdad matemática de que en el universo no hay ni arriba ni abajo; pero es puramente teórico porque con la presión atmosférica el cuerpo más pesado no podría recorrer dicho trayecto, toda vez que se ahogaría en el aire viscoso y denso de las profundidades.

Mientras se se hace el pozo geotérmico, podemos siempre, teóricamente, resolver el problema.

CAMILO FLAMMARION.



EL TRABAJO EN LOS POZOS

La construcción de los pozos constituirá una verdadera labor de colosos, y nuestro dibujante ha procurado evocar aquí un rincón de la vertiginosa obra. Causa espanto el pensar cómo el hombre se reduce hasta parecer una hormiga. Pero su triunfo será ilimitado.

Ayuntamiento de Madrid

Moro curado por nuestras tropas, después de una escaramuza

Patio de la casa del Raisuli, visitada por un grupo de oficiales españoles.

Moro herido, que se conduce en un burro á la ambulancia de sanidad.

España en Marruecos

En el instante en que el ilustre general Marina va á posesionarse de su principalísimo cargo, instante por todos ansiado, pues hace ilusionar con la esperanza de un nuevo procedimiento en la paz como en la guerra, bueno será substituir el acostumbrado cinematógrafo de las actualidades por un alto en la marcha, y así podremos comprender mejor las esperanzas que nos infunde el mando de Marina. Porque, al fin, se encontrarán reunidos la autoridad y el valor, la inteligencia y el brazo, la sagacidad y el impulso irresistible de la fuerza. Tantas cualidades reune el general Marina, que ahora marcha á Melilla. Tantas virtudes congrega en su ánima, el general Silvestre que en Melilla aguarda. Al juntarse los dos insignes jefes, su discreción y su vigor, obrando de consuno, tocan en la cumbre de lo humano.

Detengámonos, repito, y en la tienda del general Silvestre. Figura legendaria está haciéndose este hombre, que tiene el cuerpo lleno de heridas, el único ante el cual baja la

El general Silvestre y su Estado mayor viendo los efectos de la artillería en el combate de Cuesta Colorada.

Ayuntamiento de Madrid

mirada el Raisuli. Su gran cultura y su natural agudo tórnanle hábil diplomático, si se presenta la ocasión. Posee el árabe, y arenga á los soldados en español y fraterniza con los franceses en su lengua, y aun puede conversar con los corresponsales ingleses en el idioma de Shakespeare. Todavía joven, y corpulento y arrogantísimo, y mostachudo, bajo las pupilas intensas. Lo mismo que en su Capua (¡¡) de Arcila se bañaba en un tonel, sale ahora al campo, montado con toda simpleza, sin arreos ni adornos, como un quinto que se ejercita en la caballería. Las tropas le reconocen en la silueta oportuna y gallarda que destaca sobre el cielo añil, en las balconadas dispuestas para una observación aguileña. Y su desvelo tradúcese en seguridad para los soldados. A fuerza de repetirse, España entera ha acabado por observar el hecho felicísimo de que en los combates dispuestos por el general Silvestre, casi no teníamos bajas nosotros. El general no pertenece á la categoría de los eternos románticos de la brava milicia española, esos jefes con sangre de guerrillero, enamorados de la bayoneta y los ataques á pecho descubierto, bajo la lluvia de las balas y las piedras.

¿No se reconocen en don José Marina las mismas excelsas condiciones? La barba blanca añádele autoridad, como la cabellera negra de Silvestre auméntale su arranque y empuje. De hoy en adelante, tenemos la seguridad de que la campaña se llevará en los planos como en la llanura y en los montes, y de que nada sorprenderá de improviso á nuestras tropas cuando caminen por el terruño, porque todo se habrá previsto en los mapas.

Y ya que fijamos en breves rasgos la situación actual de España en Marruecos, no se debe olvidar que un grupo de generales jóvenes y otros jefes notables, rodea las dos principales figuras, la que eligió el Gobierno y la que consagró la patria. Y los oficiales tan animosos, tan

Ganado cogido al enemigo durante la expedición de Larache á Tinath, dispuesta por el general Silvestre.

Prisionero moro en el momento de ser atado por nuestras tropas, en la posición del Río Colorado.

Dos cigüeñas domesticadas, en lo alto de una choza de Tenin, abandonada por los moros.

Ayuntamiento de Madrid

La batería llamada Kaki, célebre por su bravura y por sus magníficos blancos, ya tradicionales.

La ambulancia de la columna del general Silvestre al salir del Zebata, en las recientes operaciones.

Un descanso en una fuente. Es una evocación de Andalucía este rincón marroquí. Sólo los moro no son aquellos que enaltecieron la Bética

alegres en medio del peligro, que brindan su muerte como una sonrisa.

La pobreza mental de algunos falsos y afeminados intelectuales, el celo excesivo de los apóstoles de algunas teorías políticas y sociales, la amargura llorosa y tumultuaria de las madres, excitada por los escritos y los discursos de dichos intelectuales y apóstoles, intentan que la masa de los soldados no siga á su oficialidad por el camino del honor. Afortunadamente fracasan los esfuerzos de unos y otros. Las tropas de África renuevan los éxitos históricos, y añaden victorias que eclipsarán á las pasadas.

Con un ejército, bisoño por el entusiasmo, veterano por la resignación, con una oficialidad que se sacrifica, y esos dos generales dignos del grande amor que les profesa España, ¿será quimérico anunciar un porvenir poderoso de la patria en nuestros discutidos dominios africanos?

En cuanto á las quejumbrosas y desoladas palabras de algunos presuntos conductores de la opinión pública, serían tristes, sino fueran ridículas.

Es gracioso predicar un ideal arcádico y de abstencionismo, en un país que nunca se resignó á la quietud, y que no debe resignarse, porque eso sería su muerte. ¿Cuándo fueron hermanos, más aun, gemelos, un castellano y un suizo ó un belga? Lo que en ellos es equilibrio fisiológico, en nosotros sería la más absoluta y afrentosa renunciación. España nunca fué un país industrial; siempre fué un pueblo guerrero. Si perdiéramos nuestras hermosas tradiciones ¿qué nos quedaría? Defendamos á toda costa nuestro porvenir en África, y sostengamos con nuestro entusiasmo á los heroicos soldados que allí custodian nuestra bandera, esa bandera gloriosa, á la que Revista Gráfica envía un saludo de amor y de respeto.

***

Ayuntamiento de Madrid

BEETHOVEN, POR LEVY DHURMER

Este vigoroso cuadro, que nos enseña un Beethoven de expresión enérgica, firme y poderosa, es sin duda una de las mejores obras del maestro Levy Dhurmer.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Beethoven

BEETHOVEN NIÑO

Hace algún tiempo, unos periodistas franceses, interrogaron á las más grandes notabilidades de París, quién era en su opinión, el mejor poeta, el mejor pintor, el mejor músico, el mejor novelista y el mejor hombre de ciencia.

Después se propuso el interrogatorio final: ¿Quién es de todos estos genios, el que sintetiza á los otros?

He aquí el resultado de la consulta:

El mejor poeta: Victor Hugo.

El mejor músico: Beethoven.

El mejor pintor: Rembrandt.

El mejor novelista: Balzac.

El mejor hombre de ciencia: Bacón.

Y, por último, el superhombre de estos superhombres, Beethoven.

No tenemos la pretensión de abarcar en los estrechos límites de un artículo toda la obra de Beethoven. Pero si deseáriamos evocar los principales episodios de una existencia magnífica y dolorosa, sobrellevada con tanta nobleza, con tanto estoicismo. M. Romain Rolland, en el prefacio de su exquisita biografía de Beethoven, dice: «Anímese con su ejemplo la fe del hombre en la vida y en el hombre.»

¿Quién no conoce aquella testa admirable, que tantos escultores, grabadores y pintores, han inmortalizado? La frente ancha y poderosa, los ojos luminosos, fijos como una obsesión. Y extendida por la faz, esa tristeza suprema, esa profunda melancolía de los desgraciados y los incomprendidos.

En su juventud, tuvo ciertas veleidades de elegancia. Se le vió caracolear en el Prater, en Viena, con sus medias negras, con sus cabellos empolvados. Más tarde, los disturbios de su vida, la pobreza, el trabajo excesivo, alejaron las mundanas preocupaciones. Salía sin sombrero, con una barba de varios días, y la melena al viento, vestido de una chupa y un pantalón de pelo de cabra. Los niños gritaban al divisarle: «¡Eh, eh! Robinsón Crusoe!» Y los personajes graves se sonreían al ver al loco. No es necesario recordar la obra colosal de este loco. ¿Quién no se ha estremecido al oir *l'Appassionata* y la canción inmortal que se titulaba *Sonata al fulgor de la luna*? La vida del artista explica su obra, y en todo caso, nada más interesante que esta sucesión de obras maestras á pesar de una existencia miserable y ruín.

Beethoven nació el 16 de diciembre de 1770, en Bonn, cerca de Colonia, de un padre alcohólico y una madre tuberculosa. Este dato no se debe olvidar, pues por él se explican las dolencias que pesaron, como la Fatalidad clásica, sobre este hombre. Su ascendencia hace presentir la sordera del gran músico.

El padre, desde primera hora, quiso explotar á su hijo. Á la edad de cuatro años, exhibido como un pequeño prodigio, lue-

Ayuntamiento de Madrid

go de una preparación torturante, que consistía en obligar al niño á que aporrease el clave hasta que la sangre perlaba sus uñas infantiles. A los once años, formaba en la orquesta de un teatro, á los trece, era organista. A los diez y siete, jefe de familia, con la responsabilidad de sus dos hermanos, más pequeños que Luis Van Beethoven.

Principio de la vida; primeros éxitos, primeras ganancias, que deslumbran al doncel.

«Por ejemplo, escribe con una ingenuidad enternecedora á Negler; yo hallo un amigo en la necesidad. Si mi bolsillo no me permite ayudarle, me siento á trabajar y á los pocos instantes ya he resuelto el conflicto. ¿No encuentras esto encantador?»

Y llegamos á la enorme catástrofe. En 1796, á los veintiseis años, Beethoven se quedó sordo. El doctor Klotz-Forest, que examinó el caso, dedujo que su enfermedad provenía de las dolencias paternas. Diagnosticó un catarro, que se transformó en una otitis sin gravedad, hasta que llegó la otitis catarral crónica.

Para componer, el infeliz utilizaba una varilla de palo, que tenía un extremo en la caja del piano, y el otro entre los dientes del músico. Sólo así lograba oir un poco.

Leed estas dos cartas de Beethoven, que encierran su confesión:

«Mi querido, mi buen, mi afectuoso Amenda, tu Beethoven es profundamente infeliz. Has de saber que la más noble parte de mi cuerpo, mi oído, acabo de perderlo. ¿Curaré? Tengo esperanzas, naturalmente; pero muy pocas; estas enfermedades no tienen remedio. Tendré que vivir tristemente, renunciar á cuanto amo, y esto en un mundo tan miserable y egoista. ¡Triste resignación donde habré de refugiarme! Sin duda que me he propuesto vencer mis desdichas, elevarme sobre ellas. ¿Pero cómo lo conseguiré?»

Beethoven escribió en otra ocasión:

«En el teatro, tengo que colocarme entre la orquesta, si quiero oir al actor. No oigo más que los sonidos fuertes de los instrumentos y de las voces, si me coloco un poco lejos. Cuando se me habla bajito apenas entiendo, y si se me grita, no lo puedo sufrir... Frecuentemente maldigo de mi existencia. La lectura de Plutarco me guía hacia la resignación. Yo bien quisiera conformarme con mi destino... Hay momentos en que me considero a más miserable de las criaturas... ¡Resignación! ¡Qué triste refugio! Y no tengo otro.»

MUSICO DE ORQUESTA

A los once años, Beethoven, bajo la férula de un padre cruel, formaba en la orquesta del teatro de Bonn, y trabajaba más de lo que hubiese podido resistir un hombre fuerte.

Todas las sensaciones, todas las tristezas, todos los dolores físicos y morales, de un hombre tan grande, debian hallar un eco artístico; el de esta catástrofe está en la *Sonata patética*. Pero es verdaderamente maravilloso que después de una prueba así, Beethoven haya podido cantar la juventud y la alegría como lo ha hecho en algunas de sus obras.

Un hombre como éste tenía que preocuparse de los extraordinarios acontecimientos que á la sazón asombraban al mundo. La Revolución francesa, la epopeya napoleónica. Beethoven era republicano. Es sabido que la *Sinfonia heroica* fué escrita en honor de Bonaparte. El primer manuscrito lleva este título: *Buonaparte*. Cuando Beethoven supo la coronación del

Ayuntamiento de Madrid

BEETHOVEN Y SUS SINFONIAS

Las sinfonías de Beethoven son eternas y más que ninguna la "Appasionata", que simboliza este dibujo. El músico más grande de todos los tiempos, tiene una gloria imperecedera, que, por encima de modas y escuelas, no hará sino seguir agigantándose.

Ayuntamiento de Madrid

emperador, se enfureció: «Entonces, este no era un hombre extraordinario.» Y rompió la dedicatoria. Y puso en su lugar: «*Sinfonía heroica... en honor á la memoria de un grande hombre.*»

Beethoven, saturado de su Plutarco, escribe un biógrafo, soñaba en una República heroica fundada por el dios de la Victoria: el primer cónsul: y, paso tras paso, forjó la *Sinfonía heroica, Bonaparte* y el final de la *Sinfonía* en *do menor*. Primera música verdaderamente revolucionaria: el alma del tiempo revive allí con la intensidad y la pureza que los grandes acontecimientos encuentran al reflejarse en los espíritus solitarios, los cuales no sufren con el contacto de la realidad. La figura de Beethoven aparece coloreada por los reflejos de aquellas guerras épicas. En todas sus obras de entonces puede encontrarse un eco de la epopeya. En la overtura de *Coriolano*, donde ulula la tempestad. En el *Cuarto quatuor*, op. 18, cuyo primer trozo tiene tanto parecido con la overtura mencionada. En la *Sonata apassionata*, de la cual dijo Bismarck: «Si yo la escuchase con frecuencia, estaría siempre exaltado.»

En mayo de 1896, Beethoven entabló su noviazgo con Teresa de Brunswick. He aquí de qué deliciosa manera refiere Teresa este acontecimiento:

«Un domingo por la noche, dice, después de cenar á la luz de la luna, Beethoven se sentó al piano. Al principio deslizó su mano por las teclas.

«Así solía comenzar siempre. Después dió algunos sonidos bajos, y, lentamente, con una solemnidad misteriosa, tocó un canto de Sebastián Bach: «*Si quieres darme tu corazón, que sea en secreto: y que nadie pueda descifrar nuestro común pensamiento.*» Mi madre se había adormecido. Mi hermano miraba á Beethoven con gravedad. Y yo, á quien penetraban el canto y las miradas del músico, sentía que me hallaba en la plenitud de mi vida. Al otro día por la mañana, nos encontramos en el parque. Beethoven me dijo: «Estoy escribiendo una ópera. Su principal figura está en mí, delante de mí, en todo mi yo, allá donde voy. Nunca he llegado á tal altura. Todo es luz, pureza, claridad. Hasta ahora yo era como esos niños que cogen las guijas, y no saben ver las flores que hay á los bordes del camino.»

Por uno de esos misterios frecuentes en estas existencias agitadas por vientos contrarios, no se celebró nunca la boda. ¿Por qué? No se sabe. Pero Beethoven amó á Teresa hasta la muerte, y Teresa, hasta la muerte amó á Beethoven.

BEETHOVEN DA AL GRAN POETA ALEMÁN GOETHE UNA LECCIÓN DE INDEPENDENCIA

En 1810 vuelve Beethoven á su soledad, soledad brava é independiente. Escúchese esta célebre anécdota, que probará cómo, en el gran músico, el carácter igualaba al genio. Entresacamos de una carta de Beethoven:

«Los reyes y los príncipes pueden improvisar profesores y consejeros secretos. Pueden colmarlos de títulos y condecoraciones. Pero ellos no pueden hacer grandes hombres, espíritus que se eleven sobre la humanidad. Y cuando se juntan dos hombres de estos, como Goethe y yo, esos señores deben sentir nuestra grandeza. Ayer nos encontramos, en el camino, al regresar, á la familia imperial. La vimos de lejos. Goethe se deslizó de mi brazo, para colocarse al borde del camino. A pesar de cuanto le dije no hubo manera de hacerle reanudar la marcha. Entonces yo hundí mi chambergo en mi cabeza, abotoné mi chupa, y con los brazos á la espalda, permanecí en medio de los grupos. Príncipes y cortesanos me distinguieron. El duque Rodolfo me saludó. Madama la Emperatriz me saludó la primera. Los grandes me reconocían. Vi desfilar la cabalgata delante de Goethe. Goethe estaba profundamente encorbado, con el sombrero en la mano. Yo le he dicho luego mil cosas, no le he perdonado nada...»

Estos accesos de independencia tacháronse de salvajismo. A pesar de todo, crecía la gloria del maestro. En 1814, fué considerado en el congreso de Viena, como una gloria europea. Luego vinieron las horas tristes. Tres ricos magnates se apresuraron á pasarle una renta diaria de 4.000 florines con la condición de que Beethoven no se marchase de Viena. No se aceptaron sus ofertas. La sordera llegó á su máximum. En 1822 pidió que se le dejase dirigir el ensayo general de *Fidelio*, y como no oyera nada de lo que ocurría en la escena, condujo orquesta y cantores á una confusión inenarrable. Dos años después, el 7 de mayo de 1824, dirigiendo la *Sinfonía con coros* (haciendo que dirigía) no se apercibió del entusiasmo del público, que le aclamaba. Una de las

Ayuntamiento de Madrid

cantoras le tomó de la mano, y lo volvió cara al público, y Beethoven pudo ver que la muchedumbre se ponía en pie, agitando sus sombreros y aplaudiendo.

Estuvo acosado por las necesidades de dinero, atormentado por disgustos de índole doméstica. Para colmo de desdichas amaba entrañablemente á su sobrino Carlos, una mala persona. En medio de tales torturas llegó el triunfo de la *Novena sinfonía*, ejecutada ante un gentío estremecido y entusiasmado hasta la locura. Beethoven se desmayó por la emoción. Á partir de este instante, esta alma indomable se acostumbró al dolor.

Trabajó todavía mejor, aguijado por una ironía áspera, y un desprecio siempre vivo. Se agravaron sus dolencias. Le atacó la pleuresía en un viaje que hizo á Viena, por causa de su sobrino. Al volver, dijo á Carlos que fuese á buscar al médico, y el sobrino se olvidó de la comisión. El médico llegó demasiado tarde. Beethoven se acostó para no volverse á levantar, en una cama paupérrima, dominio de los parásitos.

No había dinero en la casa. La sociedad filarmónica de Londres, hizo un adelanto de 2.500 francos, y esto permitió cierto desahogo y comprar medicamentos. Después de sufrir operaciones, Beethoven murió durante una tempestad, entre los relámpagos. Fué un extraño quien le cerró los ojos.

Así murió, á la edad de cincuenta y siete años, aquel á quien el sufragio de los artistas y los literatos de París había de designar, años más tarde, como una de las más excelsas glorias de la humanidad.

X. X.

BEETHOVEN

Orgulloso y tierno, indomable y vencido por una mujer. Es todo el mundo resumido en un superhombre.

Ayuntamiento de Madrid

Ensalada

£Ø por £Ø

LUIS BONAFOUX

Tal vez haya otra noticia más importante en la quincena pasada; pero yo no sé de ninguna otra — al menos para el interesado — como la de que unos indígenas de Papua se merendaron al mineralogista John Henry Warner. Figúrense lo afligido y preocupado que estará con esta noticia el director de la Revista Gráfica, tan fervoroso adepto de la Ciencia; pero, *mon cher copain*, comprenda usted que nadie le mandaba á Warner meterse donde no le llamaban.

Hace falta radium. El gobierno alemán ha acordado importantes subvenciones para adquirir radium á las Universidades de Berlín, Halle y Kiel, y á este mismo fin se consignará una partida de 800.000 marcos en el próximo presupuesto.

El citado mineralogista fué en busca de radium á aquella región canibalesca. Aunque sabio, Warner estaba de buen año, y, como su piel era blanca y tersa, resultaba, como vulgarmente se dice, un bocado de cardenal. ¡Se lo zamparon, pues! Parece ser que con el vientre hicieron los indígenas unas *tripes à la mode de Papua*, que daba gloria el comerlas.

Ser tan sabio como Warner, y morir guisado, es triste, pero no ilógico. Ya verá usted que yo no muero de dentellada de canibal, por la sencilla razón de que mi modesta sabiduría no me llevará hasta Papua.

Se lloró á lágrima viva la muerte de Latham, víctima, en tierra africana, de una testarada de bisonte. Pero si el bicho no hubiera matado al cazador, el cazador hubiera matado al bicho. El hombre, que es carnívoro, pasa la vida atracándose de bestias — que á veces no son tan dañinas como él; — y cuando una res brava se come un hombre, ó cuando un tigre, cansado de que lo fastidien en un jaulón, araña al domador, la humanidad, compungida, exclama:

— ¡Pobrecito, qué muerte le dieron!

Por otra parte, la antropofagia no es, como vulgarmente se cree, costumbre exclusiva de negros salvajes. En París se dan con frecuencia casos parciales de antropofagia, y no es raro oir decir: — Cuando Fulánez me comió la nariz... O leer: — El energúmeno le comió una oreja, después de arrancársela de un bocado...

El doctor Maurice Pillet ha referido que Maupassant — ¡tan delicado, tan sentimental! — se comió un pedazo de carne de un carretero, que murió de un accidente, «para poder decir por experiencia propia que la carne humana es insípida al paladar y tiene un sabor de ternera sosa». (No opinan lo mismo los de Papua).

Buscar radium tiene sus inconvenientes. Aislar, con arreglo á un nuevo descubrimiento, el *herpetomanas ténocephale*, que tiene el mal gusto de habitar en el intestino de la pulga, hacer con él y sus similares una especie de potaje, y propinárselo en inyecciones á una rata blanca, para producirle una liebre que le dura 60 días y le vuelve más loca que una cabra, es una herejía que también tiene sus inconvenientes.

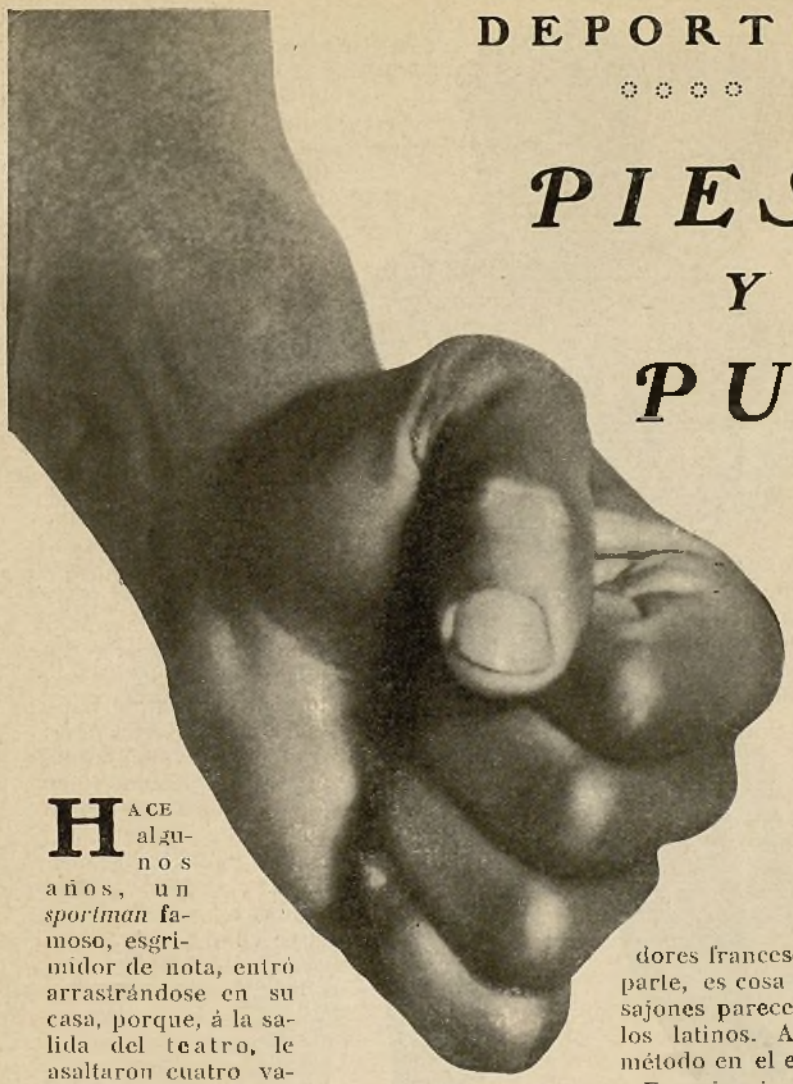
Pero, en fin, la vida, cualquiera que sea, resulta un combate diurno, y á veces nocturno también, *mon coco*. ¡Lo que habrá combatido mi amigo Carvalho hasta haber alcanzado que el busto de Camoens, que, por cierto, yacía en la trastienda de un baratillo, se mude de habitación á la Biblioteca Mazarine! Aquella injusticia hecha al autor de *Os Lusiadas* — que no tuvo un Cochón que lo amparase oportunamente contra el desahucio lanzado por M. d'Audigné. — había dejado en los huesos. de pena, á mi citado amigo.

Pero nada más atroz, como expresivo de la lucha por la vida y del vencimiento final, que esa mísera mujer que dió por una peseta un cuadro de Goya, puesto á la venta, inmediatamente después, en la suma de siete mil francos. Y yo no sé decir por qué esa mísera española, esquilmada primero y echada luego por la policía de la tienda del anticuario adonde fué á protestar contra su propia ignorancia y desgracia, paréceme un símbolo de la pobre España, obligada, por fatalismo de la suerte ingrata, á vender tantas maravillas al extranjero por un pedazo de pan...

Luis Bonafoux.

Ayuntamiento de Madrid

PIES Y PUÑOS



EL PUÑO DE SAM MAC VEA

He aquí, aunque bastante reducido, el puño del negro Sam Mac Vea, puño verdaderamente formidable, y que mide en su parte más estrecha, hasta trece centímetros.

HACE algunos años, un *sportman* famoso, esgrimidor de nota, entró arrastrándose en su casa, porque, á la salida del teatro, le asaltaron cuatro vagabundos. Pero ellos no lo pasaron tampoco muy bien. El esgrimidor se ejercitaba á la sazón en el boxeo, y en un instante, á puntapiés y puñetazos logró derrotar y castigar á sus enemigos.

Los periódicos hablaron largo y tendido de esta aventura acaecida á M. Georges Breitlmayer, el héroe en cuestión.

He aquí, por de pronto, una aplicación práctica de este deporte tan desdeñado hasta ahora, y que al fin ha tomado carta de naturaleza en nuestras costumbres.

En efecto, después de haber rebatido de mil maneras dicho *sport*, ya el público acude en multitud á presenciar los *matches* que se celebran casi á diario en multitud de teatros. Los méritos de cada combatiente se discuten con pasión, y hay que reconocer que siempre se llevan la palma los boxeadores ingleses.

¿A qué obedece este constante éxito, nunca ó casi nunca otorgado á los boxeadores franceses, por ejemplo? En parte, es cosa de la raza; los anglosajones parecen más resistentes que los latinos. Acaso tambien por el método en el entrenamiento.

Francia, sin embargo, no renuncia á poseer buenos boxeadores, y asegura que su método es superior al empleado por los ingleses. La diferencia entre ambos es grande, desde el punto de vista del *sport* y del de combate. El boxeador inglés no puede servirse más que de sus puños, y el francés, de sus puños y de sus pies, ventaja de consideración en verdad. Cosa rara. En los encuentros anglo-franceses, donde cada combatiente empleaba su sistema, siempre el francés caia á tierra el primero. Y precisamente por emplear como arma los pies. Hay que convenir, sin embargo, en que, si consideramos la *boxe* como deporte, es superior el estilo galo, pues desarrolla los músculos de las piernas y de los brazos.

Los *matches* de boxeo, sean de la escuela

Ayuntamiento de Madrid

que sean, se celebran en un *ring* (una especie de plataforma cuadrada, que limitan unas cuerdas, y de cuatro á ocho metros). Los *matches* se disputan entre luchadores de un peso igual ó casi igual. El reglamento prohibe el uso de ciertos golpes demasiado peligrosos ó demasiado hábiles.

En los asaltos, como en los campeonatos, los adversarios se sirven de guantes que pesan hasta 230 gramos, lo mismo en la *boxe* francesa que en la sajona. En la primera, en la cual, como se ha dicho, los pies también juegan, emplean los luchadores un calzado de sala, con suela flexible, con el fin de atenuar los golpes, por formidables que sean. Los encuentros se disputan por varios *rounds* ó *reprises*, con intervalos de reposo, variables de uno á tres minutos. Un *referee* (árbitro) juzga y lleva cuenta de los golpes, y dice su veredicto, sin apelación posible, y un *time keeper*, digamos *medidor del tiempo*, reloj en mano, señala por sonidos de *gong* ó con un silbato el principio y fin de cada *reprise*. En los combates se sigue el mismo procedimiento, con la única diferencia de que los *rounds* son más numerosos y duran más tiempo. Los guantes no pesan más de 112 gramos, lo cual hace que los golpes sean doblemente terribles.

Sin apartarse del todo del empleo de los puños, se jugaba antiguamente en Francia, la *savate*, algo asi como una esgrima de los pies. Se dice que nació en Caen, y que un M. Sabatier y un M. Baptiste, fueron los más hábiles profesores. El mismo duque de Berry tomó lecciones de Baptiste. La moderna *boxe* francesa ha sido creada por Carlos Lecour, que á su vuelta de un largo viaje por Inglaterra, trajo á París la ciencia de saberse servir de los puños, á la cual añadió la ya conocida de Sabatier, perfeccionándola. Lord Seymour, Teófilo Gauthier, Alfonso Karr, el duque de Monchy, el príncipe de Beauvau, fueron discípulos suyos, y todavía existe la sala que fundó Beauvau.

Ya hemos establecido la diferencia que separa la *boxe* inglesa y la francesa. Recordaremos los principales golpes de la *boxe* francesa.

El *golpe del pie* que se da en la tibia, en el pecho, en el estómago, en la cara: todos dados con la punta del pie. Hay, además, los golpes de talón. Dificilmente, un boxeador inglés que no conozca bien las

SAM MAC VEA, PROFESIONAL CALIFORNIANO.

El negro Sam Mac Vea, ya consagrado universalmente, es considerado como un boxeador de gran resistencia. Puede decirse que la «boxe» inglesa halló en él una encarnación exacta. Las distintas posturas de lucha que publicamos están formadas por Mac Vea y Toutard, el boxeador francés.

Ayuntamiento de Madrid

paradas del referido método francés, podrá resistir mucho tiempo á los envites de su rival.

Sin que le sea necesario aprender la esgrima de pies, un boxeador sajón puede adquirir fácilmente el arte de evitar los golpes de su rival galo. Ya en estas condiciones, el inglés podrá obtener la victoria con sólo esperar el momento de ataque del enemigo. Sobre todo deberá el inglés ejercitarse en la rapidez de los movimientos, y en no permanecer en guardia, porque dicha postura es de fácil vencimiento con un golpe en las piernas.

El boxeador francés, por el contrario, no deberá hacer sino mantenerse en todas las condiciones de su método. En todo caso suprimirá el golpe en la cara, que si resulta muy elegante en asaltos deportivos, trae serios peligros en el combate por que el cuerpo queda sin equilibrio posible.

TOUTARD, CÉLEBRE "AMATEUR"

Toulard, excelente discípulo de Casterés, es sin duda el primer boxeador francés, entre los aficionados. Tiene una agilidad y una fuerza nada comunes. Toulard se distingue por su sangre fría, y por su resistencia: cualidades que hacen de él un luchador verdaderamente terrible.

No deberá, por tanto, atacar á mayor altura que la del estómago. Con sus pies, se entiende, porque no hay que olvidar que el boxeador francés tiene dos puños formidables.

El golpe en la espinilla, puede burlarse levantando á tiempo la pierna. Lo mejor, sin embargo, es llevar la pierna adelante y á un lado; de suerte que el golpe no da, y en cambio el boxeador francés deja al descubierto su pecho y su cara.

El golpe en el flanco se detiene protegiendo con la mano la parte amenazada. El boxeador inglés puede, con la misma mano, atacar bruscamente la pierna de su adversario, y ofender al tiempo de defenderse.

Este golpe, dícese que no es de cuidado. Y no es verdad. Y la prueba es que, hará tres años, uno de los campeones más celebrados, en una lucha con un aprendiz, recibió un tan tremendo golpe en el flanco que perdió un trozo de carne.

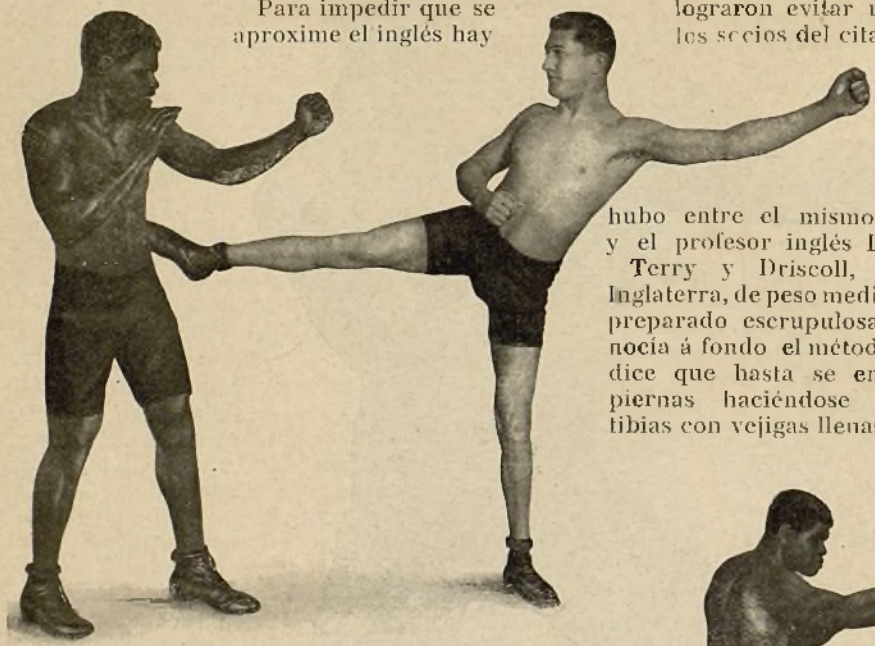
El puntapié se para deteniendo el pie con la mano, ó quebrando el cuerpo, ó atacando la pierna del enemigo.

Los mismos recursos librarán del golpe en el estómago. Un golpe en el estómago terminó el match Charlemont-Driscoll, y

Ayuntamiento de Madrid

dió la victoria al francés. Es peligroso para los franceses hacer fintas mientras se sostiene el cuerpo sobre una pierna, porque puede atacar el rival y derribarle de un golpe violento

Para impedir que se aproxime el inglés hay



PUNTAPIÉ EN EL FLANCO

El negro ha parado el puntapié, y entonces el francés Toutard intenta un golpe en el flanco. En uno de estos golpes un combatiente arrancó á otro un trozo de carne, una verdadera "entrecote".

los golpes de parada, que, aunque sean sorprendidos, burlan la fuerza del enemigo. Es de suponer que el boxeador inglés no acertará por instinto en las paradas que se indican arriba. No tiene más hábito que el de defender su torso, y no se preocupa más que de los puños de su contrario. Se encontrará desorientado, y si quiere combatir con menos peligro y hasta con la esperanza de vencer, será forzoso que se adiestre en el método de piernas y brazos.

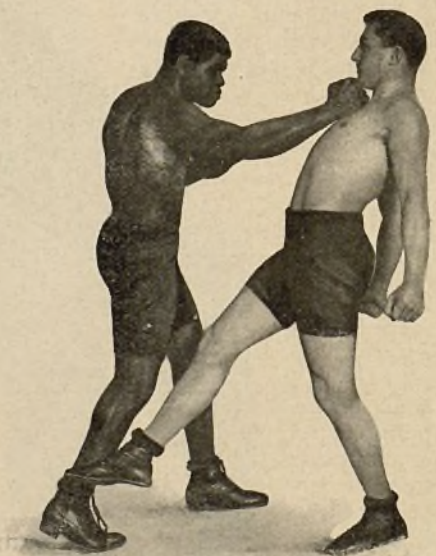
Los más famosos encuentros entre franceses é ingleses prueban la verdad de estas teorías.

El más antiguo que recordamos, tuvo lugar en 1888. En una fiesta dada por el «Pelican-Boxing-Club de Londres» uno de los más conocidos boxeadores ingleses retó á Charlemont.

Aceptó éste, á pesar de una cierta diferencia en el peso. El combate fué rápido; desde el primer momento el inglés fué lanzado á tierra; la derrota de su boxeador asombró á los ingleses. Y de tal modo les irritó, que Charlemont y su camarada Casterès, á duras penas lograron evitar un ataque de los socios del citado Club.

El más célebre de los *matches* entre profesionales, fué el que hubo entre el mismo Charlemont y el profesor inglés Driscoll.

Terry y Driscoll, campeón de Inglaterra, de peso mediano, se había preparado escrupulosamente y conocía á fondo el método francés. Se dice que hasta se endureció las piernas haciéndose golpear las tibias con vejigas llenas de arena.



LA PARADA DEL GOLPE EN LA ESPINILLA, POR UN BOXEADOR INGLÉS

La mejor manera de parar consiste en adelantar la pierna y al mismo tiempo lanzar un puñetazo á la cara del enemigo.

El *match* tuvo lugar el 28 de noviembre de 1898, y fué reñidísimo. Charlemont venció por un golpe en el estómago.

Ayuntamiento de Madrid

PARADA Y GOLPE EN LA MANDÍBULA

Es un doble juego que debilita extraordinariamente al boxeador francés.

¿QUÉ ES EL KNOCK-OUT ?

Es el golpe que pone fuera de combate. Y el hombre que lo sufre no siente dolor alguno. Al ver á la víctima caída en el *ring* cree el público que acaba de ocurrir una desgracia. Y no hay nada de eso. Todo lo más, el boxeador cree escuchar, en su desvanecimiento, el rumor de una multitud enardecida. Tiene delante de su vista como un telón negro, pierde por un instante la noción del lugar, y se olvida de todo.

El *knock-out*, en efecto, provoca la parálisis instantánea del músculo tocado, y por consiguiente la pérdida total de la sensibilidad.

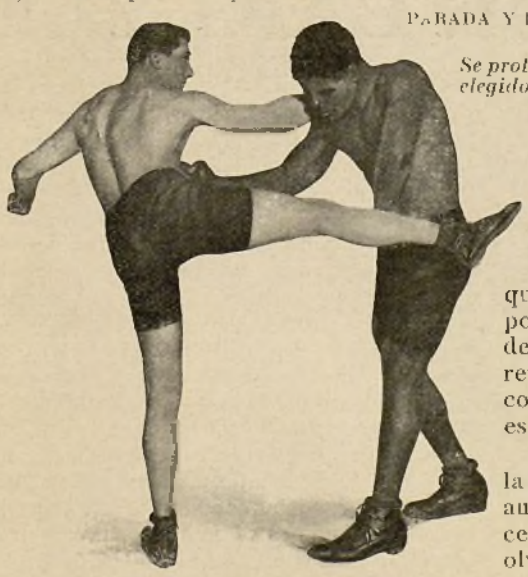
Los percances terribles en el *knock-out* son los de la carótida, el corazón y el estómago.

VENTAJAS PRÁCTICAS DE LA "BOXE" FRANCESA

Pero dejemos á un lado el boxeo de combate, y digamos cuatro palabras que interesen á aquellos *amateurs* que sólo buscan en el boxeo su utilidad higiénica.

Desde el punto de vista práctico, es decir, para la defensa personal, la *boxe* francesa, lleva la ventaja de que permite defenderse contra muchos individuos á la vez. Un paseante, sin armas, atacado por unos facinerosos, y que no posea más que la *boxe* inglesa no podrá librarse más que de uno ó dos de sus salteadores, y si no puede refugiarse contra un árbol ó un muro, corre el peligro de una puñalada por la espalda.

Si este mismo paseante ha practicado la *boxe* francesa, tendrá en sus pies dos auxiliares poderosísimos, acaso más eficaces que sus puños. Porque no hay que olvidar que el puño es frágil, los dedos se hinchan y se inutilizan con facilidad.



PARADA Y RESPUESTA DEL GOLPE EN EL FLANCO

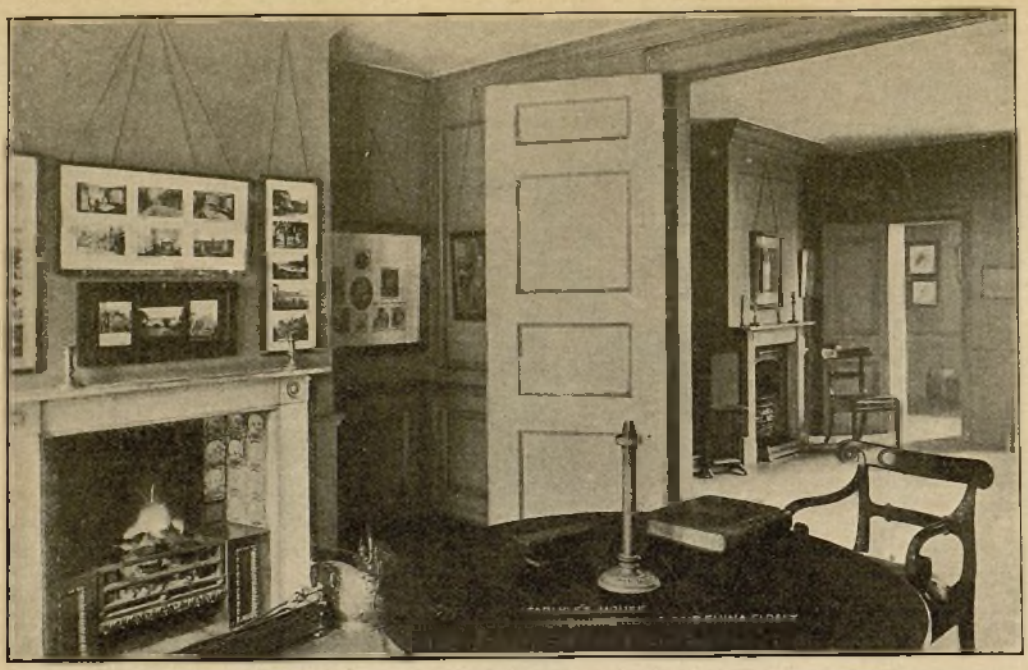
Se protege con la mano el sitio elegido para el golpe, y se ataca con el puño libre.

GOLPE DE PARADA

El negro, al tiempo que sujeta el brazo izquierdo del francés, le amaga con un golpe en la mandíbula. El francés se defiende con un golpe de parada.

EL BOXEADOR.

Ayuntamiento de Madrid



EL COMEDOR

Consérvase todo en la casa de Carlyle como estaba en el tiempo "aquel"... Hasta el sillón, el libro y el candelabro en la mesa, reveladores de la velada laboriosa. Pero Carlyle no está allí; es que ya se difundió por todo el mundo.

LONDRES ROMÁNTICO

LA CASA DE CARLYLE

Sobre la ribera izquierda del río, después de Wéstminster, está el barrio de Chelsea. Os es dado encontrar por entre sus calles provincianas gentes ataviadas como en el barrio Latino de París. Muchachas con boina, pintores de chambergo y pipa, judíos que tienen una tienda de antigüedades, viejos modelos andrajosos que hacen, sentados en una esquina, la muda oferta de sus cabezas de estudio. Siempre ha sido Chelsea refugio de artistas, de pintores, de aventureros con un penacho de romanticismo, de sabios que habían diluído en la austeridad de su ciencia un leve grano de locura. Cagliostro vivió en una casa del barrio cuando escribía su *Carta al pueblo inglés* y anunciaba en los diarios de la época sus *Píldoras vitales egipcias* á treinta chelines dracma. Marinos viejos que habían sido corsarios y piratas íbanse á residir en la hospitalaria ribera. Los edificios se extendían á lo largo del río y formaban irregulares callejuelas como ahora. Había un café y una hospedería que se llamaba del *León negro*. Y cada casita tenía, igual que hoy, un huerto descuidado, con plantas trepadoras que ascendían hasta la roja techumbre. Allí habían establecido sus estudios William Morris y Burnes Jones. Allí pintaba sus ángeles y sus vírgenes Dante Gabriel Rostetti. Allí se deslizó — en la casa sin carácter, obscura y silenciosa que veis en estos grabados — casi toda la vida de Carlyle.

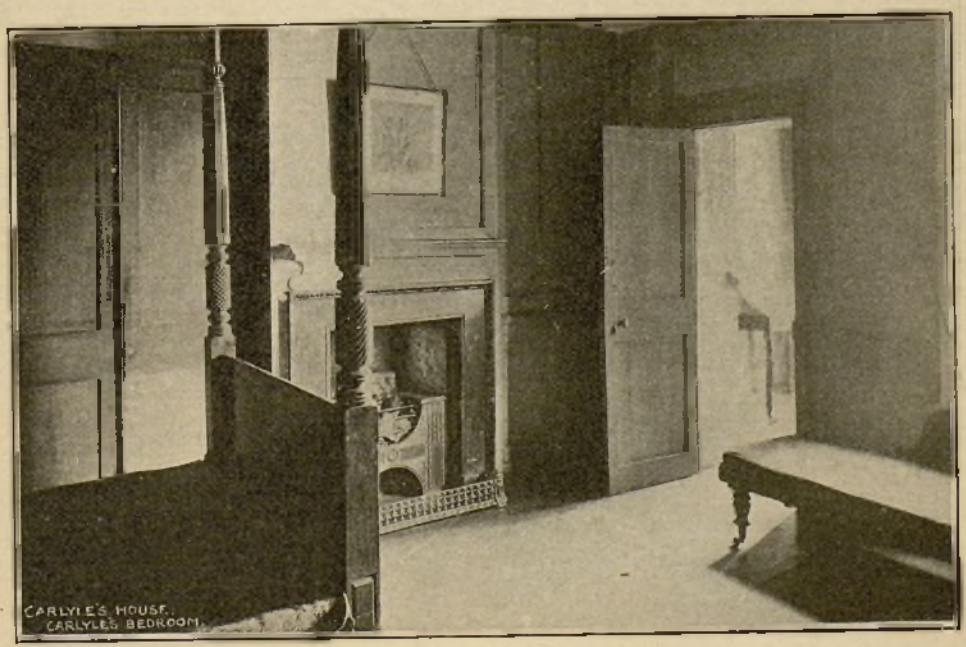
La calle es estrecha. Frente á la fachada, á la sombra de un viejo muro, una hilera de acacias se inclina hacia la tierra, como para escuchar una voz profunda é inaudita. Cuando el filósofo se asomaba á la única ventana de la buhardilla y miraba hacia la izquierda, podía ver, entre las dos esquinas, la corriente del Támesis, una bandada de gaviotas,

Ayuntamiento de Madrid

una barca de cuadrada vela que se deslizaba lenta, un vapor de ruedas que pasaba respirando fatigosamente y, á veces, lanzaba un desesperado alarido que en las mañanas lluviosas perduraba largo rato, hasta hacerse remoto en la niebla.

Y cuando entráis en la casa silenciosa ¡qué emoción os despiertan las viejas estancias donde Carlyle vivió su vida cotidiana y donde, hundido en el silencio propicio, durante años y años dejó fluir su pensamiento! Los muebles, los cachivaches arcaicos, los daguerreotipos deslucidos, las páginas emborronadas en las vitrinas, las nobles plumas de ave que él usó, el sillón donde reposaba para meditar, tienen un increíble poder evocador sobre la imaginación de cuantos amamos al filósofo. Todos los objetos son ventanas — como él mismo decía — por las que el ojo filosófico puede asomarse al infinito. Pero de estos objetos que conservan la huella de su mano y de su vida íntima, parece emanarse además una fragancia antigua y conmovedora. Entre ellos se tejió la trama de su existencia privada, que no fué plácida jamás. Y á todas estas cosas quisiéramos preguntarles el secreto de las horas de creación ideal á que asistieron, mudas y humildes.

Su cuarto de trabajo tiene una ventana que da al huerto. Tras de las tapias alza sus ramas retorcidas una higuera. Hay frondas de castaños y de olmos á lo lejos. Y en el último término de la perspectiva asoman las casas del barrio sus tejados de pizarra y, como tubos de órgano, sus hileras de chimeneas. Se ven desde la ventana los patios y los huertos. El vecino de Carlyle albergaba en el suyo todo género de volatería doméstica. Y cuando el filósofo, abismado en su meditación, sentía levantarse hasta él los fantasmas interrogadores del silencio, un gallo diabólico los ahuyentaba con su clamoroso clarín desde el patio vecino. Carlyle se asomaba á la ventana: animado de un espíritu maléfico el gallo discurría picoteando, ó alzaba la cabeza rojiza para mirarlo con su ojo redondo é insolente. Carlyle, lleno de cólera, lo consideraba un rato. Luego se internaba de nuevo en el cuarto; y, sereno ya, hacía entrar también el fantasma del gallo en sus especulaciones, lo ponía en contacto con la Verdad, aniquilaba su alma rudimentaria de bestezuela hostil á la meditación bajo las ideas de lo Infinito y de lo Eterno.



LA ALCOBA

Una de las alcobas donde Carlyle no ha dormido jamás. El espíritu del filósofo velaba siempre. El dosel de la cama era un campo infinito, como el cielo.

Ayuntamiento de Madrid

Quisiera uno haber podido seguir todos los menudos incidentes dramáticos que en su vida acaso eran de una pesadumbre enorme, como lo son para desequilibrar las balanzas sensibles hasta las más leves aristas: el gallo aquel, los ruidos callejeros cotidianos, que le obligaron á construir inútilmente en su cuarto una doble pared aisladora del mundo... Y en verdad ¿no era trágica su imposibilidad de sumergirse en el silencio para buscar en él, como un buzo en la profundidad marina, maravillosos tesoros?

Una noche Emerson, que había venido de América para conocerlo, entró en el comedor donde el maestro sentábase junto á la chimenea. Carlyle encendió su pipa y Emerson instalóse en un sillón frente á él. Las horas pasaron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra, mientras se consumía el fuego del hogar. Sólo cuando Emerson se levantó para retirarse, Carlyle le dijo con sencillez:

— Esta es una de las noches más felices que he pasado en toda mi vida.

Y esas palabras expresaban una verdad profunda. ¿No ha dicho Mæterlinck después que sólo entre dos almas que se comprenden y se aman es posible el silencio, espanto de los corazones indiferentes y frívolos? Entre Carlyle y Emerson el silencio estuvo aquella noche henchido de cosas inefables, de interrogaciones y de respuestas mudas, del asombro de sus dos espíritus que se reflejaban hasta lo infinito, como dos claros espejos colocados frente á frente.

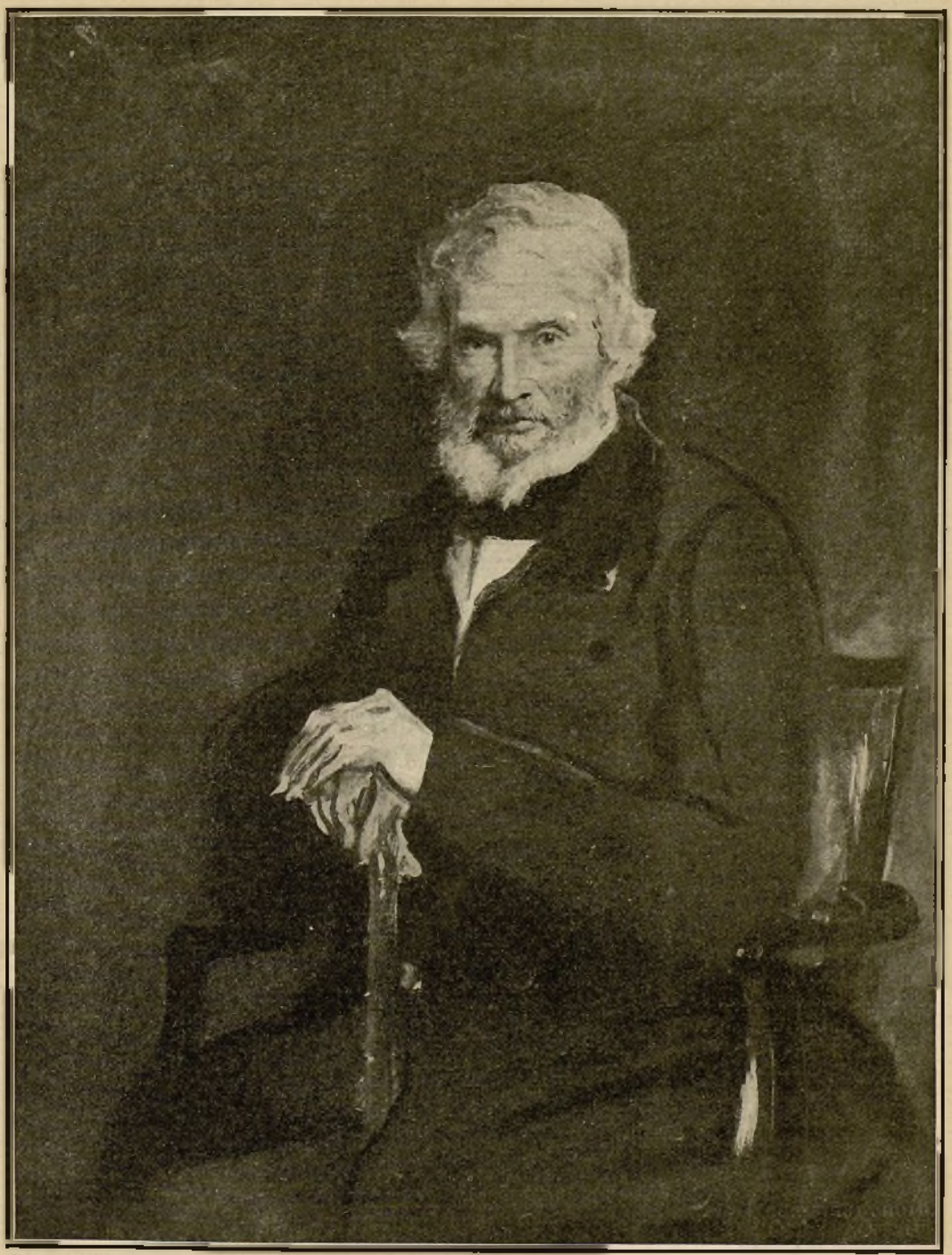
¡Y es tan poco solemne, tan poco teatral la casa! El papel amarillo de las estancias se ha obscurecido con una pátina familiar que no nos es desconocida. Las butacas de caoba, la cama nupcial con su dosel imperio, los candeleros de cobre, el sofá forrado de esa tapicería carmesí que vagamente evoca el recuerdo de ciertas saletas episcopales, la escalera labrada á mano, con su barandal de columnas salomónicas, todo resucita en nuestra memoria una reminiscencia en la que la personalidad de Carlyle se funde con la de aquel abuelo nuestro, que murió el siglo pasado, en cuya biblioteca las obras de Chateaubriand y las de Stuart Mill atraían nuestra curiosidad menos que los tomos, llenos de maravillosas sugestiones, del *Semanario Pintoresco*.

Y para aumentar la confusión, en un testero hay un retrato de mujer fina y pálida, peinada como Jorge Sand. Pero no es Jorge Sand. Es Juana Baillie Welhs, la infortunada

LA CASA

En el barrio ilustre existe la modesta vivienda, que alojó á Carlyle, que visitaban Tenniss, Stuart Mill, Emerson... Las piedras son como reliquias y la casa tiene un alma sublime.

Ayuntamiento de Madrid



TOMÁS CARLYLE

Ya viejo y glorioso, y todavía con expresión infantil. Parece un buen y sencillo señor de plácida espiritualidad, sentado ante el objetivo de una máquina fotográfica. Sin embargo, es Carlyle...

Ayuntamiento de Madrid

esposa de Carlyle. Dickens decía no haber conocido mujer que la igualase en talento literario. Sus ambiciones mundanas fracasaron en la compañía del filósofo con quien partió el amor y la amargura de la vida. La amargura sobre todo: lo dice el bello rostro de la mujer, joven en el retrato. Imaginámosla deslizándose por las pobres estancias sin ruido, como una sombra, llena de resignación, de gracia y de dulzura para el esposo pueril mente colérico, terrible en su desdén hacia las demás gentes, atormentada por los sentimientos más complejos, por la penuria del hogar y la injusticia ajena, en los años de lucha; por el orgullo de la celebridad del esposo, lograda al fin; por la certidumbre de que esta misma celebridad se proyectaba sobre su propia vida dejándola en la sombra: celosa de lady Ashurton hasta huir del hogar conyugal; enfermera heroica durante tantos años de un alma en que los incidentes más nimios encontraban inagotables resonancias.

Y no se puede recordar, sin la impresión de una catástrofe, la pérdida del primer manuscrito de *La Revolución Francesa*. ¡Con cuánto amor había asistido ella á su alumbramiento! Porque Carlyle era consciente de escribir una obra maestra; y en las noches insomnes y los días de tortura creadora, la esposa velaba sobre su espíritu en tensión como sobre una maravillosa y frágil máquina á la que hubiera de evitar el más leve contacto con el mundo. Y cuando el manuscrito, por descuido de la dama á quien Stuart Mill había permitido hojearlo, hubo servido á una pobre sirvienta para encender el fuego y Stuart Mill vino á decirlo aterrado y confuso, ¿qué dolor sin palabras ensombreció la pobre vivienda ante la estúpida y cruel hazaña del Destino? ¿Y con qué voz de seda y de miel pudo ella apartar al esposo de la melancolía, y con qué blanda mano ponerlo otra vez en el camino de la inmortalidad?

Por un milagro póstumo, creyérase es ahora cuando el silencio se ha aposentado definitivamente en la vivienda, en las alcobas vacías, en la cocina donde Tennyson venía á fumar también su pipa, al arrimo de la lumbre, en el patio que una acacia y un peral y los rosales silvestres hacen rústico jardín, con hojas muertas ya por la prematura otoñada. Carlyle gustaba de sentarse ante estos dos árboles de su huerto, envuelto en su luenga capa, viejo ya, tal como lo retrató Whistler, mirando, sin verlo, el muro lleno de yedra, con la mirada perdida en remotas perpectivas, inaccesibles para los otros. « Era un poeta y yo no. Era un hombre de intuición y yo no lo era — escribió Stuart Mill hablando de él. — Por eso él podía no sólo descubrir antes que yo las cosas que á mí hubiera sido preciso señalarme, sino hasta aquellas cosas que yo no habría podido ver aun después de serme señaladas. »

LA ESTATUA
Londres ha levantado esta estatua á Carlyle. Es un faro que no consigue ocultar la niebla.

Ya la gloria, con la docilidad de un perro fiel, habíase tendido en el umbral de su puerta. En las mañanas de sol, gentes venidas de todo el mundo, apostadas en las esquinas, aguardaban que el filósofo saliese á dar su paseo. Iba con su levita entallada, con la corbata á la moda de 1830, apoyado en un recio bastón, ajeno á la discreta vigilancia de sus admiradores. Se detenía para contemplar las obras nuevas, los niños que salían de la escuela con ruidosa algarabía, las estampas que un anticuario exhibía en su escaparate. Un día aventuróse entre un grupo que curioseaba ante la vitrina: era su propio retrato, nuevamente reproducido, lo que contemplaban y antes de que pudieran reconocerle se alejó con precipitación.

JUAN PUJOL.

Ayuntamiento de Madrid

DON ANDRES MELLADO

Cuando parecía conjurado todo peligro, una fatal recaída arrebata la existencia á don Andrés Mellado. Su muerte llena de luto esta casa en donde el cariño y la admiración por él corrían parejas. Gran escritor, hombre de preclaro talento y de honradez inmaculada, á sus dotes debió su elevación. Su carácter plácido y sereno le conquistó siempre las simpatías de todos y su espíritu de equidad la estimación de amigos y adversarios.

Maestro en el arte de escribir, la Academia Española le llamó á su seno, cuando cansado de las luchas políticas sentía reverdecer sus amores por la literatura, que fué la pasión de toda su vida.

Su llegada á Madrid, su ingreso en la Facultad de Letras, sus primeros trabajos literarios, ¡cuántas veces se los hemos oído contar con aquella su palabra tersa y precisa, órgano de una imaginación rápida como el rayo y luminosa como el sol de Andalucía!

Su paso por *El Imparcial* y *La Correspondencia de España*, que dirigió durante mucho tiempo, le acreditó de gran periodista. Como alcalde de Madrid, dejó nombre imborrable de administrador honrado y celosísimo, y en su breve permanencia en el ministerio de Instrucción Pública demostró que ninguno de los problemas que afectan al avance intelectual de nuestra patria le era desconocido.

Con la muerte del señor Mellado, pierde España uno de sus más preclaros hijos y nosotros un amigo cariñoso cuyo recuerdo perdurará siempre en nuestra memoria.

Aún no hace un mes estrechábamos su mano en Biarritz. Allí convalecía apenas repuesto del primer ataque de la terrible dolencia que le ha llevado al sepulcro. Desde el acantilado contemplábamos el mar que levantaba montes de espuma al pie de la Virgen de las Rocas. Y allí el maestro, el amigo, inclinado sobre el agua verdosa, nos hablaba de nosotros, de nuestros proyectos, de nuestras esperanzas añadiendo una advertencia justa, un comentario atinadísimo, ó un elogio sincero. Olvidado de sí mismo parecía hablar desde muy lejos, desde la altura á donde no llegan las pasiones humanas, y sus palabras caían graves y reposadas con el fulgor de apotegmas y la fuerza de silogismos.

Allá en la casa tres rubias cabecitas asomadas á la ventana mostrábanse impacientes. Y nuestro amigo, rindiéndose al atractivo de aquel cariño infantil, prodigaba sus caricias á los lindos angelitos que le aguardaban para besarle... eran sus sobrinitos á quienes mimaba como abuelo.

Al darnos el abrazo de despedida, un presentimiento horrible nos atarazó un instante: tuvimos la intuición de que era la última vez que le veíamos...

A la dignísima esposa del que nos fué tan caro, á nuestra querida amiga doña Mercedes de la Portilla, y á toda su familia enviamos la expresión de nuestro dolor.

J. Muñoz Escámez

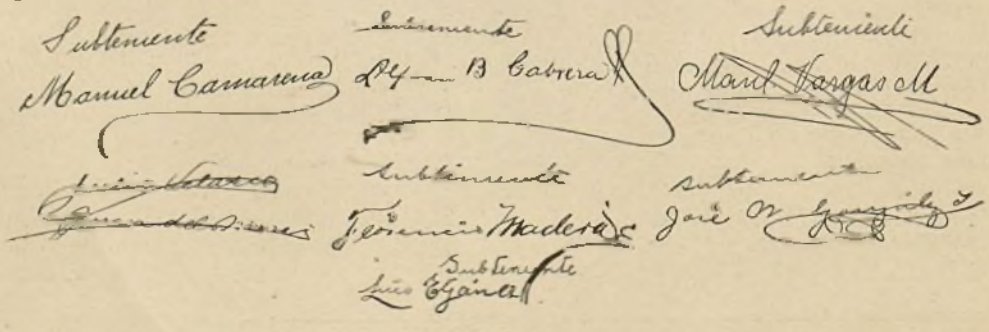
Ayuntamiento de Madrid

México en "REVISTA GRAFICA"

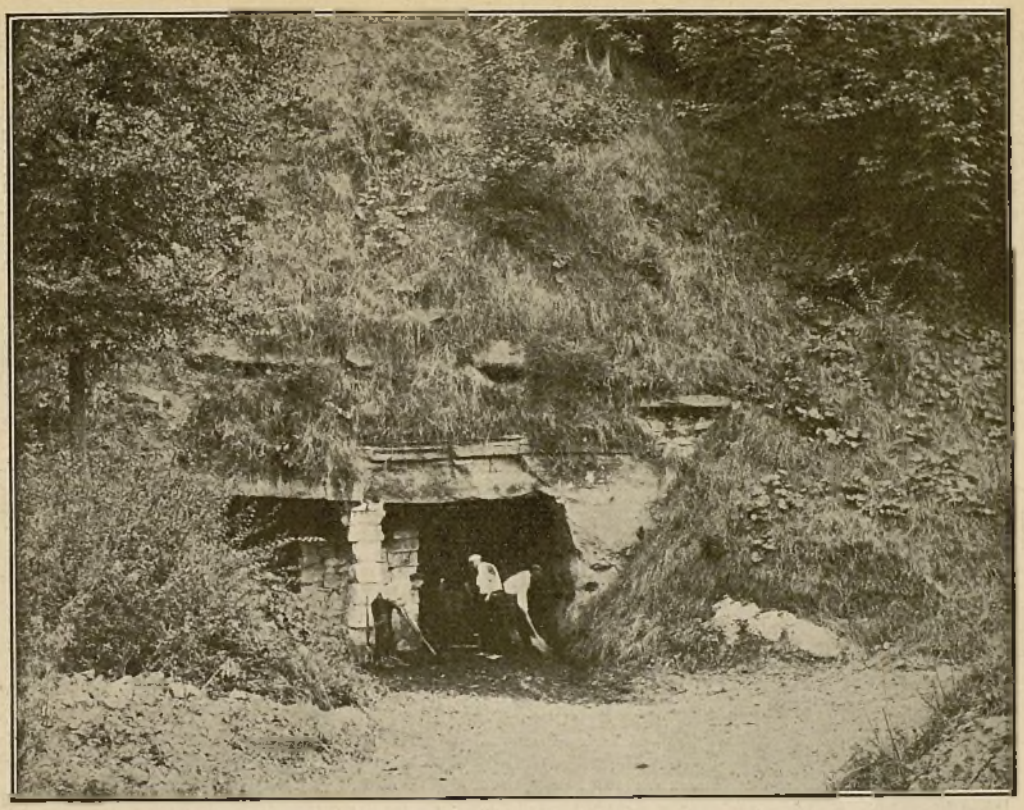
REVISTA GRÁFICA ha tenido el honor de recibir á los aviadores militares, que Méjico envia á París con objeto de que se perfeccionen en el arriesgado y modernísimo *sport*. Por cierto, que en manos de aviadores tan inteligentes y patriotas, desaparece la parte *deportiva* de la aviación, y surge triunfadora su tendencia progresiva, utilitaria, que reformará la actual existencia de los ejércitos y tantas otras manifestaciones de la vida.

Los simpáticos aviadores han *aterrizado* en REVISTA GRÁFICA y aquí los obsequiamos con una copa de champagne, y hallaron la acogida cordial que encontrarán siempre cuantos representan con dignidad á los países de lengua española. Porque REVISTA GRÁFICA aspira á ser el hogar de todos los españoles de allende y aquende el Atlántico. Así lo manifestó nuestro querido director, señor Muñoz Escámez en su caluroso *toast*, donde cada esperanza noble, halló su guirnalda de palabras elevadas y sinceras.

Agradecemos en el alma el discurso hermosísimo con que uno de los oficiales respondió al brindis del señor Muñoz Escámez. Sus votos de prosperidad nos animan á seguir trabajando sin desaliento, ni fatiga. Nosotros, por nuestra parte, sólo deseamos que el triunfo siga acompañando á nuestros visitantes; y para que no olvidasen que REVISTA GRÁFICA es la casa de América en París, porque es de España, les invitamos á firmar en nuestro libro de amigos.



Ayuntamiento de Madrid



ENTRADA DE LA CANTERA

El aspecto que presentan tales lugares no puede ser más fantástico, como la planta que se cultiva en ellos.

En el País de los Hongos

¡Cuantos festines no rememorará á los gastrónomos el título de este artículo! Porque es indiscutible que las setas comestibles constituyen uno de los platos más sabrosos que puedan servirse en una buena mesa, junto al faisán trufado.

Desgraciadamente, estas criptógamas son sumamente peligrosas y los botánicos más sabios no pueden en muchos casos certificar si se trata de una especie comestible ó venenosa, por que tal planta se presenta bajo las más honradas apariencias, como los envidiosos hipócritas, que saben aprovechar la menor circunstancia para verter el veneno de su baba en nuestra existencia, que amenazan de trastornar por cuantos medios lícitos ó viles pueden poner en acción.

Refiriéndose á la gran dificultad que existe para diferenciar las diversas especies de hongos, el profesor de Botánica de la Facultad de Medicina de París, nos contó en una reciente conferencia :

— Aunque no sea muy halagador para mí ni para los ilustres colegas que, juntamente conmigo, excursionaron por el mediodía de Francia, encargados por el

Ayuntamiento de Madrid

gobierno de catalogar las diversas clases de hongos propias de tales regiones, quiero enterarles de cuanto nos ocurrió, á fin de que desconfíen de ese manjar, peligrosísimo á veces, capaz de producir la muerte con rapidez desoladora.

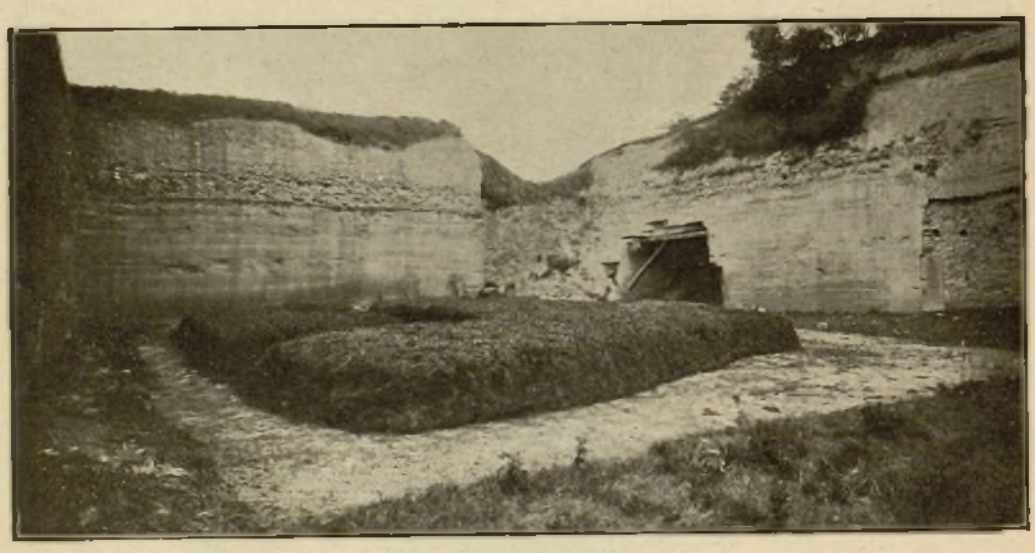
Y continuó con su voz pausada, de hombre de ciencia:

— Durante toda la mañana, los siete ú ocho profesores de Botánica que formábamos la comisión, registramos los rincones de un bosque que se encuentra en las cercanías de Burdeos (no recuerdo si dijo esta población) recogiendo gran cantidad de hongos comestibles y venenosos. Por la tarde, como no hacía muy buen tiempo y continuaba lloviendo, nos entretuvimos en clasificarlos, apartando para la cena unas cuantas setas comestibles, con las que nos hicieron tres ó cuatro tortillas muy sabrosas.

» Como siempre ocurre en tales casos, se charló un poco de sobremesa, mientras fumábamos, recordando entre otras cosas los múltiples accidentes sufridos por las gentes ignorantes que, sin aprensión alguna, guisan y se comen las setas recogidas durante sus paseos por el campo. Mas uno de nuestros compañeros palidece de pronto y comienza á quejarse de dolores de estómago; pasan algunos instantes y todos le hacemos coro; ¡estábamos envenenados por las setas!

» Ya podrán suponerse el susto que pasamos, y, para abreviar, les contaré que estuvimos tres ó cuatro días en cama, entre la vida y la muerte, sin atrevernos á llamar al médico, ante el temor de que un periódico local diese cuenta de nuestra ridícula aventura.

» Cuando estuvimos restablecidos, — dijo para terminar — nos apresuramos á examinar nuevamente lo restante de las setas recogidas, porque no podíamos explicarnos nuestro error, descubriendo después de un estudio prolijo que parte de las que comimos y clasificamos como comestibles habían cambiado de coloración á consecuencia de la lluvia, lo que exteriormente las hacía semejantes á una especie comestible conocida si la memoria no me flaquea, con el nombre de *cantarela*. »



ESTIÉRCOL EN PREPARACIÓN

A la entrada de las canteras se amontona y prepara el estiércol que más tarde será utilizado en el cultivo de los hongos.

Á pesar de estos peligros, los aficionados al manjar son cada día más numerosos, y la industria que se ocupa de explotarlos más próspera, aunque tiene que luchar con no pocos enemigos, sobre todo contra la larva de la *Sciara inengua* y la *mycogone perniciosa*, planta microscópica que determina la deformación y la descomposición de los hongos.

Ayuntamiento de Madrid

Las chimeneas que se ven en el grabado, tienen por objeto aumentar el tiro de los pozos de aireación. Su aspecto es muy original.

Por lo general, cultivase un sólo género de setas, el *agárico* silvestre, especie muy común en las praderas ricas en *humus*, y que parece monopolizar las preferencias de los gastrónomos.

Como la mayoría de las plantas, los hongos poseen un órgano vegetativo, la raiz, que debido á su color los cultivadores lo conocen con el nombre de *blanco;* una parte intermedia, el pie ó tallo, y por último la verdadera seta ó sombrero, cuyo crecimiento origina la ruptura de la telilla membranosa que lo envolvia y sujetaba, parte de la cual queda adherida al pie formando una especie de anillo característico.

El cultivo de los hongos podria hacerse al aire libre, pero como tal procedimiento presenta múltiples inconvenientes, se prefiere por lo general la explotación en lugares especiales, en las cuevas y muy particularmente en las canteras abandonadas, que á más de proporcionar un sitio abrigado, son lo suficientemente espaciosas para que se emprenda en ellas el cultivo en grande, dado que la de-

Antes de entrar, los obreros parece que temen perderse en las obscuridades de la cantera.

Ayuntamiento de Madrid

manda es mucha y los precios bastante elevados.

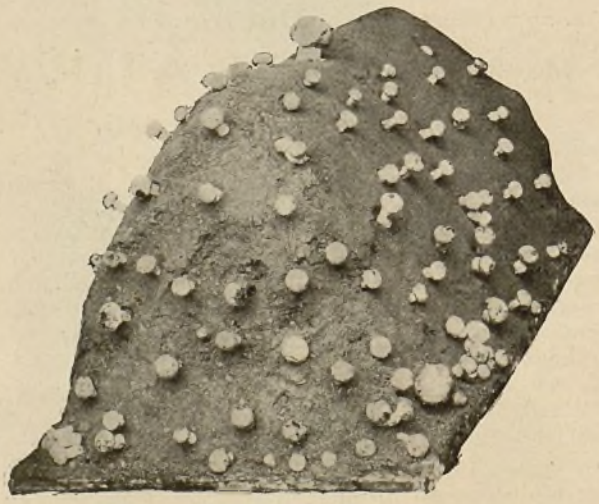
El espectáculo que ofrecen las canteras en donde se hace tal género de cultivo no puede ser más pintoresco, y si algún lector ha descendido por uno de esos interminables pozos que conducen hasta las galerías en donde prosperan los hongos, ó atravesado los caminos que elevan hasta la entrada de una cantera poco profunda, no podrá menos de recordar con admiración los sombríos y largos pasadizos que le guiaron hasta las grandes cuevas en donde, amorosamente cuidadas, las setas prosperan á la temblorosa luz de un velón aceitoso, instrumento obligado de trabajo de los obreros consagrados á tan extraño cultivo.

Las dimensiones de las canteras de hongos son muy variables, y algunas alcanzan varios kilómetros, poseyendo hasta tres ó cuatro galerías superpuestas, entre las que existen pequeños pozos de pasaje. Como las galerías están poco aireadas, ha sido preciso recurrir á los pozos, á los que se les corona con chimeneas de madera embadurnadas de alquitrán. Cuando este medio no basta á la aireación de las galerías, se recurre á las hogueras, que colocadas en la parte inferior de los pozos de entrada provocan una gran corriente.

Aunque el cultivo de los hongos no sea difícil, exige un cuidado continuo, porque, como se ha dicho existen varias plantas parásitas contra las que difícilmente puede lucharse.

El cultivador de hongos, lo primero que hace es preparar el estiércol con que abonará el terreno; y, después de conducirlo hasta las galerías, lo distribuirá en montoncitos de unos cincuenta centímetros de altura, hasta que señale unos 20º momento en que se siembra de hongos, introduciendo entre la basura lo que los cultivadores llaman el *blanco virgen*, es decir, la raiz de antiguas setas; ó el *blanco esterilizado*, que puede obtenerse fácilmente por la esterilización de los esporos en un medio propio. Veinte días después de haber sembrado, según los cánones de los cultivadores, se recubre la siembra con una pequeña capa de tierra y, por lo general, un mes después de esta última operación comienzan á salir los hongos por brotes sucesivos, prolongándose la cosecha dos ó tres meses, con gran regocijo de los gastrónomos, que cuchillo en mano esperan el feliz momento de comenzar el banquete.

A. M.



Aspecto que presenta uno de los montoncitos de tierra y estiércol cuando ha sido cubierto por los hongos.

Ayuntamiento de Madrid

EL SECRETO
Del Doctor
RAM MORALEY

por José Muñoz Escámez

(Continuación)

Extendió la mano, formuló un mandato imperativo, y abrió resueltamente la puertecilla que nos separaba de la cripta.

En el fondo, á la indecisa luz del farolillo, vimos á un anciano de luenga barba, en actitud extática, con los brazos extendidos como para no caer.

— ¡Padre! ¡padre mío! gritó Maud sin poderse dominar, y se lanzó á abrazar al anciano.

Ram Moraley me apartó rápidamente y nos colocamos en donde no pudiéramos ser vistos.

El anciano no dió señales de haber oído á la joven.

— ¡Padre! ¡padre! exclamó ésta sollozando.

Hizo Ram Moraley un ademán, y el anciano pareció volver á la vida.

— ¡Tú! ¡tú aquí hija mía!

El anciano miraba á su hija con tal expresión de sorpresa que ésta se creyó obligada á explicarle en el acto por qué se encontraba allí.

En unas cuantas frases discretas relató lo acaecido y cuando habló de las maravillosas facultades de mi maestro, el barón mostró vehementes deseos de conocerle.

— Aquí está, — dijo Maud. Y viniendo hacia donde estábamos nos llevó á donde su padre se encontraba y allí ceremoniosamente nos presentó al noble escocés.

— El doctor Ram Moraley... el barón

Ayuntamiento de Madrid

Ben... Heed. Doctor Edgard Parizet... mi padre...

— Doy á ustedes mil gracias — murmuró el barón — por haber acompañado á mi hija en su loca empresa. Nada la autorizaba á venir en busca mía, sobre todo cuando en mi última carta le recomendaba que estuviese tranquila y no tuviera el menor cuidado por mí.

— Pero además lamenta usted dos cosas — interrumpió Ram Moraley. — La primera que hayamos sorprendido en tal guisa á un *gentleman* como usted y la segunda que nos hayamos enterado de que está usted aquí para buscar un tesoro.

— ¡Caballero!... — exclamó el barón amostazado. — No creo que la ligereza de miss Maud otorgue á usted el derecho de inmiscuirse en lo que no le interesa.

— Está usted equivocado — repuso Moraley con su serenidad imperturbable. — Muchas razones abonan la conducta de esta angelical señorita. Diré á usted sólo dos: la primera es que usted sólo no descubrirá jamás el tesoro que busca, y ya empieza usted á darse cuenta de ello. La segunda razón es de más peso: amenaza á usted un grave riesgo. Hay alguien que le sigue y sólo espera para asesinarle á que usted descubra las riquezas de su familia.

— ¡Es posible! — exclamó Maud emocionada.

— Es seguro — afirmó Ram Moraley; — y la prueba van á tenerla ustedes en seguida.

Movió el barón la cabeza con aire de duda. Entonces Ram Moraley exclamó en tono severo que nos hizo estremecer:

— No es permitido dudar de un hombre que sin que nadie le hiciese la más leve indicación ha encontrado el sitio en donde viene usted á trabajar en una empresa, que sería quimérica, si el azar no me hubiera puesto en su camino. Ha llegado usted hasta la injuriosa sospecha de que veníamos á sorprender su secreto, y aunque nada de ello haya dicho lo he leído en su cerebro con claridad meridiana. Realmente no merece usted que se le ayude.

— Señorita — agregó dirigiéndose a Maud, — está usted complacida. Ya está usted al lado de su padre. Permita usted que nos retiremos para cumplir la misión que hemos interrumpido por usted.

La joven estaba á punto de llorar y yo me hallaba tan emocionado que no podía articular palabra.

— Doctor — exclamó la joven entre sollozos, — perdone usted á mi padre sus sospechas y no nos abandone. Señor Parizet, agregó volviéndose hacia mí, ruegue usted al doctor que siga á nuestro lado.

El viejo barón comenzaba á darse cuenta de que se había equivocado en sus conjeturas, y tendió noblemente la mano á Ram Moraley.

— Excuse usted — le dijo — mi primer movimiento de desconfianza. Si conociese usted mi historia, seguramente encontraría muy lógico que desconfíe de todo el mundo.

Ram Moraley estrechó la mano que el anciano le alargaba.

— No tenemos tiempo — dijo — de hablar más. Los sucesos se precipitan y en estos momentos corremos serio peligro.

— ¿De veras? — murmuró el barón.

Levantó Ram Moraley la cabeza tratando de que su vista penetrase la enorme masa de piedra que gravitaba sobre nosotros.

— Son dos — murmuró. — No veo más que su vaga silueta, pero acaban de entrar por la poterna y marchan cautelosamente hacia aquí.

— ¿Y qué hacer? — preguntó el barón.

— Esperarles tranquilamente. Dejémosles bajar hasta la cripta. Ponga usted su farol tras este sepulcro, de modo que se ilumine el arranque de la escalera, dejando en las tinieblas el resto de la cripta, y aguardemos su llegada sin temor. Hay que saber quiénes son y lo sabremos.

— Y si hay algún riesgo — dije, — aquí estoy yo para afrontarlo.

Una mirada cariñosa de Maud fué la recompensa de mi ofrecimiento. Ram Moraley sonrió maliciosamente y repuso:

— No hará falta más que unas cuerdas para atarlos y si no me engaño las traen ellos mismos para evitarnos el trabajo de buscarlas.

Colocamos el farol en la forma indicada por Ram Moraley y aguardamos con ansiedad á que bajasen los temibles espías que acechaban al barón.

Pasaron unos minutos angustiosos. Maud me apretó el brazo convulsivamente, el barón y Ram Moraley hablaban en voz baja, cuando de pronto enmudecieron.

— Ahí están, murmuró Ram Moraley.

Un ruido apenas perceptible, nos denunció que los que aguardábamos bajaban la escalera con grandes precauciones. Al fin, una figura humana salió de la sombra, recatándose tras el eje de la escalera.

Al verse descubierto, el recién llegado se hizo atrás con rápido movimiento, y á poco dos sombras se proyectaron de un salto fuera del cono de luz que proyectaba el farol.

— ¡Barón! — exclamó una voz irónica. — Aquí venimos á ayudarle á encontrar el tesoro de su familia. Usted es tan amable que seguramente no nos negará su autorización.

Ayuntamiento de Madrid

Quiso el barón hablar, pero Ram Moraley le contuvo con un gesto.

— No vale la pena, exclamó el doctor, de cubrirse la cara cuando se tienen facciones tan acusadas como el conde Caffieri.

El desconocido dió un salto de sorpresa. Avanzó rápidamente, y se acercó al grupo, seguido por su compañero.

— Quien tan bien enterado está — rugió, — debe morir.

Levantó el revólver á la altura de la cabeza, se apoderó del farol, y al proyectar su luz sobre el que creia ser el barón, vió con asombro ante sí al doctor Ram Moraley.

Su ira, su arrebato, no conocieron límites.

— ¡Es usted! — exclamó enfurecido, — el dueño de mi secreto, que no sé por qué mágicas artes ha llegado á sus oidos. Pero ahora no se me escapará. Su ángel malo le ha traido aqui para que acabe su ridícula comedia.

Hizo ademán de disparar, el barón y yo nos lanzamos contra el asesino, pero antes de que llegásemos á él habia quedado como si fuese de piedra.

Con los ojos muy abiertos y en ellos pintado el más vivo terror, parecia la estatua del Espanto.

Su compañero habia desaparecido.

Acercóse Ram Moraley al enmascarado, arrancóle el antifaz, y entonces pudimos ver en toda su repulsión la faz convulsa del conde Caffieri.

Intenté quitarle el revólver con que apuntaba á Ram Moraley, pero todos mis esfuerzos fueron vanos. Sus manos crispadas parecían de granito, heladas y rígidas como las de un cadáver.

No me sorprendió aquel estado tetánico que ya habia visto cuando el accidente del ferrocarril. Miré á Ram Moraley, pero éste parecia muy preocupado buscando con la mirada algo que nos era desconocido.

El barón creyó que, á pesar de su severa dignidad, era llegado el momento de dar las gracias al doctor, pero éste atajó el paso á los cumplidos murmurando:

— Todavía no. Espere á que hayamos cogido al otro.

De pronto hizo un movimiento de sorpresa:

— ¡En la poterna! exclamó.

Al decir esto extendió el brazo, formuló sin duda un imperioso mandato y me hizo señas de que le acompañase.

Ibamos á salir cuando Ram Moraley, volviéndose á la estatua viviente, le dijo:

— Ni un movimiento hasta que yo te lo ordene. Subimos todos precipitadamente la escalera, salimos de la capilla, atravesamos el patio y llegamos hasta la puerta. Debajo de nosotros, colgado de las manos del borde de la poterna aparecia el segundo enmascarado. No pareció advertir nuestra presencia: parecia cataléptico.

— Es preciso cogerle — dije á Ram Moraley; — y no va á ser cosa fácil izarle entre los tres.

Sonrió Ram Moraley, y desde el borde del foso dijo en tono imperioso:

— ¡Sube!

El enmascarado se remontó con una dominación tremenda, y quedó de pie sobre el umbral de la poterna.

Ayuntamiento de Madrid

— ¡Ven!— exclamó Ram Moraley.

El enmascarado, con paso automático, se acercó á donde estabamos. Confieso que el barón, Maud y yo estábamos aterrados.

— ¡Alto! murmuró el doctor y el autómata humano se detuvo á dos pasos de nosotros.

Quitó Ram Moraley el antifaz al desconocido y entonces el barón lanzó un grito de horror.

— ¡Mi hermano! — exclamó con el rostro pálido y las manos trémulas.

Maud se desvaneció y hubiera caído á tierra no de haberme apresurado á acudir en su socorro.

El síncope fué tan profundo, á causa del estado de ánimo, en que desde hacía dos horas se encontraba, que temí una desgracia horrible. En aquella angustia volví los ojos á Ram Moraley que leyendo en mi cerebro, sonrió y dijo para tranquilizarme.

— No es nada. Va á volver en sí ahora mismo. Sopló en la frente de Maud, y en el mismo instante los colores volvieron á las mejillas de la niña que abrió los ojos trabajosamente.

El barón estaba tan sorprendido que no se dió cuenta del accidente que acababa de ocurrir á su hija. Con la vista fija en la inmóvil faz de su hermano, parecía petrificado como él. Sin duda en su cerebro se libraba ruda batalla.

Ram Moraley abrevió la escena diciendo:

— Usted me dirá qué hacemos de él.

El ruido de la voz sacó al barón de su asombro; en un momento recobró la serenidad y volviéndose á Ram Moraley, se descubrió lentamente murmurando:

— No ha de decirse que aunque se hunda el mundo el barón de Ben Hee ha faltado á la cortesía en el castillo de sus mayores. Señor Ram Moraley, tengo el honor de presentarle á mi hermano menor John. Mister John, presento á usted al doctor Ram Moraley.

Si las circunstancias no hubieran sido tan críticas, sin duda hubiese soltado yo la carcajada, pero en aquellos momentos la ridiculez del barón estaba cubierta por una aureola trágica.

Ram Moraley estrechó cariñosamente la mano del barón.

— Ya ha cumplido usted con su deber de *gentlemen*. Lo demás corre de mi cargo. Mister John, añadió, vaya usted á la cripta y ate cuidadosamente á su compañero.

El aludido emprendió de nuevo la marcha con el mismo paso automático y á poco desapareció en la capilla.

El barón miraba asombrado á su hermano y con admiración á Ram Moraley. Buscó en esto con la vista á su hija y la encontró que marchaba lentamente, apoyada en mi brazo.

— Perdone usted, señor...

— ¡Parizet! — exclamó Maud viendo que su padre no recordaba mi nombre.

— Pues bien, señor Parizet, no recuerdo que me haya usted sido presentado y le veo del brazo de miss Ben Hee.

— Es mi mejor amigo, mi discípulo, el doctor Edgard Parizet — dijo Ram Moraley sonriendo.— Deje usted que sostenga á mis Maud que está muy débil á causa de tantas emociones. Venga usted á la cripta conmigo.

A pesar de las indicaciones de Moraley, Maud se obstinó en bajar á la cripta. En vano le hice presente que le convenía respirar el aire libre, que la humedad de la cripta podía serle fatal.

— Mi padre está abajo. No sé lo que puede suceder y debemos, — añadió dulcificando su acento, — estar al lado de él.

Aquellas palabras cerraron mis labios; estreché dulcemente el brazo de Maud contra mi pecho y descendí con ella hasta la cripta.

El espectáculo que se ofreció á nuestros ojos era terrorífico. El hermano del barón ataba fuertemente á Caffieri con movimientos bruscos, enérgicos, empleando para ello la cuerda que llevaba arrollada á la cintura.

Ram Moraley había quitado sin esfuerzo el revólver de la mano de Caffieri, y bajándole el brazo permitió que mister John realizase su tarea rápidamente.

— Ahora te toca á ti, — dijo el doctor y apoderándose de mister John le sujetó con unas cuantas vueltas de cuerda.

— Supongo — dijo Moraley al barón, — que querrá usted soltar á su hermano.

— Pues supone usted mal. Despiértelo, déle la cuerda y que cumpla su deber ahorcándose como un verdadero *gentlemen* que comete una flaqueza. Es preciso que limpie la mancha...

— No diga usted bobadas — interrumpió el doctor — y déjeme usted que haga lo que debo. Váyanse ustedes á la habitación secreta y desde allí verán lo que pasa.

— ¡Oh! doctor — suplicó Maud; — no le haga daño á mi tío.

— No tenga usted cuidado, señorita, — repuso dulcemente mi maestro.

Cuando Ram Moraley vió que estábamos en la habitación que él había descubierto, despertó á los dos hombres.

Caffieri, en cuanto pudo darse cuenta de lo ocurrido, lanzó un grito de ira.

— Otra vez me has vencido, — rugió. — Pues te aconsejo que me mates porque de otro modo un dia ú otro he de arrancarte la vida.

— No profieras bravatas ridículas, dijo — el doctor — con tono reposado, y cuéntanos tranquilamente cómo has llegado hasta aquí. No necesito yo que lo digas, porque lo sé tan bien como tú mismo, pero deseo averiguar si aún intentas engañarme.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Las facciones de Caffieri se desencajaron aun más.

— Cuenta lo que te he dicho. Refiérenos cómo quisiste asesinar á tu hermano Fernando, porque creiste que era dueño del tesoro de los Ben-Hee. Y refiere al propio tiempo, para edificación de tu amigo, que tenías el proyecto de matarle en cuanto hubiérais puesto mano en esa fortuna que querías guardar entera para ti.

Caffieri hizo un gesto terrible y trató de romper sus ligaduras.

— Si, mister John, — continuó Ram Moraley. — Permítame usted que le felicite por lo bien que ha sujetado á su compañero, como si adivinase usted que el tal sujeto tenía la intención de asesinarle.

John, no había despegado los labios. Sus miradas iban y venían de Caffieri al doctor y viceversa, sin saber si estaba despierto ó era víctima de una horrible pesadilla.

— ¡Ah! — murmuró Caffieri, ¿con que ha sido usted quien me ha entregado?

El escoces le dirigió una mirada de desprecio.

— Estoy atado como usted, — dijo. — En mi familia se desconoce la traición.

— Sin embargo, — dijo Caffieri, — usted vino aquí para robar á su hermano.

— ¡Falso! — gritó indignado el escocés. — Yo supe que mi hermano estaba aquí, cuando le oí á usted dirigirle la palabra. Usted me aseguró que conocia donde se hallaba el tesoro de mi familia, que lo partiríamos y yo tenía el proyecto de dar á mi hermano la mitad de lo mío.

— Es exacto, — afirmó Ram Moraley.

Se oyó un grito de alegría. Era el barón que á pesar de su flema no pudo contenerse al saber que John no era un bandido.

Ram Moraley desató al escocés, le tendió la mano y le dijo:

— Vaya usted á donde le esperan unos brazos cariñosos.

Se abrió la puerta de la habitación secreta, y el barón, Maud y John formaron un grupo interesante.

Pasado el primer transporte, el barón, firme en su propósito de hacer los honores del local, se descubrió para presentarme solemnemente á su hermano.

Oyóse de pronto la voz de Ram Moraley.

— Vengan ustedes aquí, para que les comunique algo que les importa.

Nos acercamos á toda prisa y Moraley continuó.

— Realmente hay oculto un tesoro en esta cripta, pero sólo yo puedo descubrirlo, pues yo sólo lo veo. Los planos que el barón posee están equivocados. Estoy dispuesto ahora mismo á poner á sus legítimos dueños en posesión de sus riquezas, pero necesito en pago una recompensa.

— Usted fijará la suma, repuso el barón con cierta condescendencia desdeñosa.

— No se trata de dinero. Soy actualmente más rico que ustedes lo serán después del hallazgo. Lo que deseo de usted, señor baron es que me otorgue la mano de su hija.

Un escalofrío intenso me recorrió la médula. Creí que iba á morir.

— La mano de su hija, continuó Moraley, para mi amigo del alma el doctor Edgard Parizet.

Si antes creí que iba á matarme el dolor, ahora pensé que la alegría daba fin de mi vida. Tan fuera de mi estaba que no encontré ni una palabra que decir.

El barón tomó un aspecto de altiva dignidad. Miró á Ram Moraley de arriba á abajo, me miró á mí y sin consultar á su hija respondió secamente:

— Mientras se trataba de dinero, todo iba bien. Pero ahora parece que se quiere entrar en la familia de los Ben Hee y ese es asunto más grave. ¿Quien es este señor? ¿Es noble? ¿Tiene posicion social bastante para sostener á una Ben-Hee?

Declaro que me pareció que la tierra se abria bajo mis plantas. Había creido que bastaba ser amigo de Ram Moraley para alcanzar la mano de Maud. Entonces comprendí los obstáculos que se oponían á mi dicha.

— El señor Parizet — dijo Moraley, con voz entera, — es tan rico como yo, puesto que es mi heredero. Su nobleza está en sus obras, pero si el señor barón no quiere recibirle por yerno, vámonos de aquí y punto concluído.

Maud se abrazó á su padre; yo me mantuve firme aun cuando mi cuerpo vacilaba, y sólo me repuse cuando oí decir al barón:

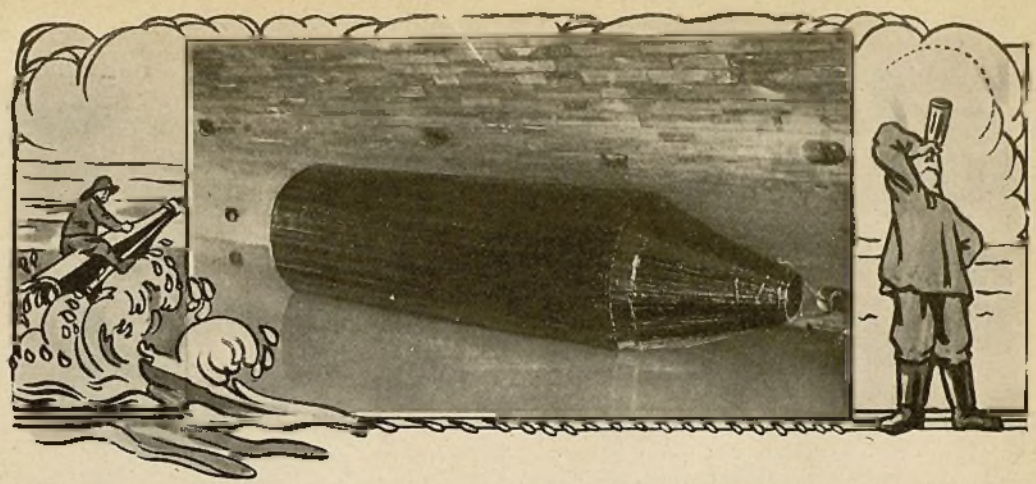
— Accederé luego de haber encontrado mi tesoro. Una Ben-Hee no se casa con un ricacho si ella no lleva nada como dote.

— Pues venga usted acá — dijo sonriente Moraley, y acercándose á una de las estatuas yacentes, oprimió no sé qué, y la cabeza de la estatua se levantó con estrépito.

(Se continuará).

Dibujos de Barlangue.

Ayuntamiento de Madrid



El extraordinario barco-botella amarrado junto al puente Saint-Michel y presto á atravesar los océanos, salvo contratiempo.

El Barco = botella

Indiscutiblemente los franceses poseen una imaginación muy fértil, y cuando se habla del ingenio francés no se puede por menos de reconocerles mucho. Pero ocurre á veces que sus ingeniosidades van más allá de lo verosímil, terminando en lo grotesco.

Atado junto á uno de los puentes del Sena, en pleno París, se ve hace días un barco muy original, la canoa botella, con la que su inventor piensa atravesar el Atlántico á 200 kilómetros á la hora. Yo no sé si el inventor, que como podrá verse tiene un rostro de verdadero patriarca, es un bromista que desea burlarse de los parisienses cándidos, ó aficionado convencido de las viñas del Señor, que, no satisfecho de almacenar en su estómago el líquido de varias botellas de llamativas etiquetas, quiere á su vez ser el contenido de otra botella flotante. ¿No se mareará en un barco de tal especie? ¿No bailará de gusto el océano un desenfrenado *tangó*, como pronuncian los franceses?

¿No ocurrirá también que la original botella se llene de líquido aunque no más sea para recordar á su ocupante el verdadero fin para que fueron destinadas sus auténticas hermanas?

Hasta que llega el instante de ese suceso sensacional reposémonos y brindemos en honor del inventor de luenga y encanecida barba patriarcal, porque ¿quién sabe lo que puede salir de una botella de tan colosales dimensiones?

El inventor, meditabundo y soñador ante el objetivo de nuestro fotógrafo.

Ayuntamiento de Madrid

el gran mundo

Capítulo de bodas.

Se ha concertado el enlace de la señorita Fanny Celesa con don Eduardo Romero.

También se ha concertado la boda de la señorita Juana Palacios con el doctor Alberto M. Sciurano.

Seguirán estas bodas en Buenos Aires á las que distinguidas personalidades han celebrado estos días.

El lunes se llevó á cabo en San Miguel la boda de la señorita María Rosa Centenaro con el doctor Antonio Votta.

Fueron padrinos de la ceremonia la señora María Ducto de Centenaro, madre de la novia, y don Francisco Votta, padre del novio.

Después de la ceremonia se verificó una recepción en el Majestic Hotel.

En la misma iglesia fué consagrado el enlace de la señorita María Elena Oxoby con el doctor Tomás Amuchástegui.

En casa de la familia de la novia fué bendecido el enlace de la señorita Leonor Ferreira Berdia con el señor Florentino Sanz.

La gentil desposada lucía una elegante *toilette* blanca que realzaba sobremanera su esbelta figura.

Han regresado á Buenos Aires el doctor Juan Lagos Mármol, ministro argentino en Suecia, y su familia.

El encargado de Negocios de Venezuela en Madrid, don Pedro César Dominici, que es á la vez que distinguido diplomático un notable escritor, ha sido trasladado con aquel cargo á Londres.

En Madrid, donde disfruta de generales simpatía, será muy lamentada su ausencia.

En el actual mes de Septiembre se espera en París al señor Héctor Leguizamón Pondal y su esposa doña Cristina Gándara Casares.

La notabilísima tiple española María Barrientos está obteniendo estruendosos triunfos en Buenos Aires. Canta en el Teatro Colón y representa con preferencia la ópera *Lakmé*.

Ha fallecido, á la edad de setenta y un años, don Alberto Dostendro, caballero belga, residente desde hace muchos años en Buenos Aires, donde gozaba de arraigados afectos. Descanse en paz.

En Biarritz, según se cuenta en otro lugar de esta Revista, ha fallecido el ilustre periodista don Andrés Mellado. La literatura y la patria están de luto.

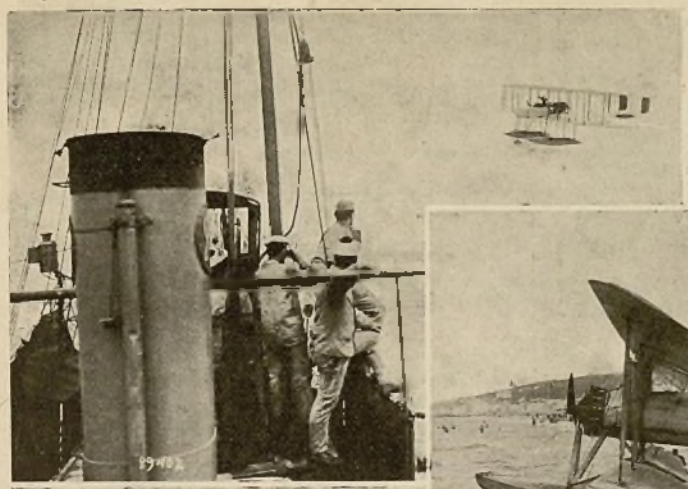
Ha fallecido en Montevideo don Antonio M. Márquez, personalidad muy ventajosamente conocida de aquella capital. A su distinguida familia enviamos nuestro más sentido pésame.

Se encuentra entre nosotros por algún tiempo, el señor don Ecequiel Paz, director propietario de nuestro querido colega *La Prensa* de Buenos Aires.

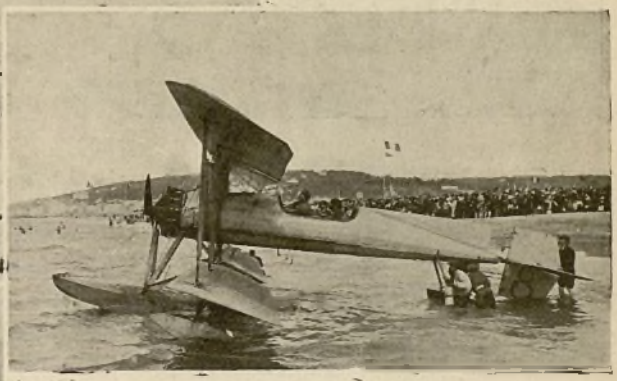
Parece que el señor Paz, irá uno de estos días á una estación balnearia, de donde regresará á fines de este mes.

Al eminente compañero y á su simpática familia envía Revista Gráfica su cordial saludo.

Ayuntamiento de Madrid



El célebre aviador Gaubert evolucionando con un aparato Farman en el reciente concurso celebrado en Deauville.



Moineau, en el momento de partir. Desde lejos, la multitud elegante de Deauville contemplándole con admiración.

GAUBERT Y RENAUX
vencedores del concurso de hidropanos de Deauville.

Dos elegantes parisienses, contemplando con entusiasmo al distinguido aviador que va á partir para conquistar la gloria y la fortuna.

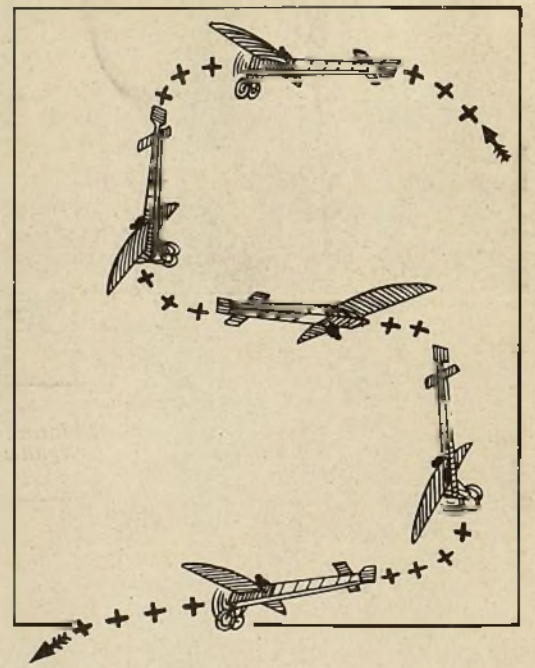
DEAUVILLE.— *Salvamento de un hidroplano.*

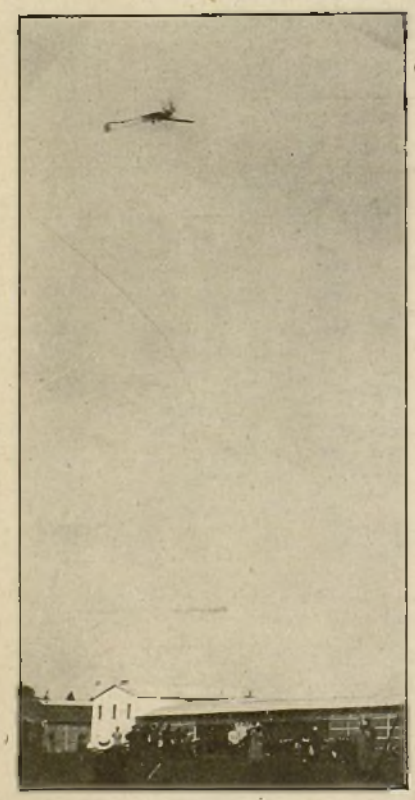
DEAUVILLE.— *Vuelo de un monohidroplano.*

Ayuntamiento de Madrid

Pégoud, el extraordinario aviador, en el momento de recibir los homenajes de sus muchos admiradores.

El presente esquema muestra cómo Pégoud llega á dar la vuelta completa con su aparato, un Blériot cualquiera, volando con las ruedas en el aire y recuperando la posición primitiva cuando le parece oportuno.





Pégoud, ha venido á demostrar en el mundo de la aviación que cuando se posee un valor tranquilo no existen dificultades y se pueden hacer toda clase de audacias, temeridades que cualquiera otro hubiese pagado con su vida.

La "saison" de football acaba de empezar. El equipo del club de Football de Mulhouse ha hecho una demostración muy brillante.

Ayuntamiento de Madrid